

Mi novela de gángsters —para tirar o pagar deudas.



*Players are losers.*

*It's what you can't see that matters.\**

---

\* El que juega pierde. / Lo que cuenta es lo que no se ve.



NUNCA SE SABE por dónde saldrá la bala, pensó.

William «Whitey» Bard se agachó en una batea que transportaba equipaje, entre dos montones de maletas polvorientas, mirando hacia la concurrida estación para ver si había moros en la costa. Se escondía de los inspectores de la compañía de ferrocarril debido a un malentendido con su billete o, mejor dicho, su falta de billete de tren. Uno de los agentes, un hombre fornido que llevaba gabardina, se encontraba a un par de metros de él, dándole la espalda, con un Colt 45 en la mano. Whitey no tenía intención de darle la oportunidad de usarlo. Desde luego que no.

Toda la vida había soñado con ir al Oeste. Había crecido en Saint Louis, a la sombra de los largos recorridos que partían incansablemente en aquella dirección. Recordaba los elegantes trenes de pasajeros, los interminables mercancías, que cruzaban el

Mississippi con sus más de cien vagones, y el mítico silbido de la locomotora rasgando la noche y el paisaje con su estridencia.

No iba a permitir, después de haber recorrido todo ese camino, que ahora a punta de pistola lo obligaran a dar media vuelta o, aún más probable, que lo metieran en chirona. En cuanto a que le dispararan, no gracias, demasiada metralla tenía ya en el cuerpo desde la campaña de Italia como para querer repetir la experiencia.

En ese momento invadió la estación una multitud de pasajeros procedentes de dos trenes recién llegados. El individuo de la gabardina avanzó deprisa hacia la muchedumbre, metiéndose el revólver en el bolsillo, y Whitey decidió seguirlo. Donde fueres haz lo que vieres, se dijo. Una docena de hombres vestidos con pantalones vaqueros de color azul, camisas a cuadros y grandes sombreros de cowboy, como salidos de una película del Far West, caminaban despreocupados entre el gentío en dirección a la salida, visiblemente dispuestos a pasarlo en grande. Rodeado por esos inverosímiles personajes, Whitey se adentró en la oscuridad de la noche sin que nadie reparara en él.

La semana anterior había cogido un tren en Nueva York que lo llevó a la velocidad del rayo hasta Chicago; había tenido que dormir tumbado en los asientos reclinables, vestido con su único traje, y había usado la bolsa como almohada. En ella llevaba sólo un par de calcetines, una camisa limpia que guardaba desde hacía semanas, media docena de corbatas, un par de pañuelos, varias partituras y dos recuerdos italianos: una foto del regimiento tomada en Salerno y el revólver de servicio.

En la zona de vías muertas a las afueras de Chicago se subió a

un mercancías en dirección a Council Bluffs, Nebraska, donde llegó a pensar que moriría congelado como una carpa extraviada en el Báltico. Tras pasar la noche en un hotel de mala nota junto a la estación sólo le quedaban cuatro dólares y todavía no estaba siquiera a mitad de camino. El trayecto hasta Salt Lake City en el furgón vacío fue largo, desangelado y frío, aunque se viera ligeramente animado por unos tragos de whisky y un muslo de pollo, tirando a gris; lo llevaba envuelto en su pañuelo, y lo había conseguido en un puesto de comidas de Chicago. Mientras se miraba boquiabierto la cara hinchada y sin afeitar en el espejo de chapa del aseo de caballeros —todavía en el depósito de Salt Lake City— Whitey iba pensando que, a esas alturas, su traje estaba para el arrastre o, puestos a ser precisos, como después del arrastre. Había vivido momentos más felices, sin lugar a dudas, pero le esperaban quizá a la vuelta de la esquina días mejores si realmente era cierto lo que decía la carta que llevaba en el bolsillo. Sí, seguro que le esperaban grandes cosas en California. Pero antes tenía que llegar allí.

Finalmente le sonrió la fortuna, o eso parecía, pues logró subirse sin ser visto en el *Zephyr* y pudo así recorrer el último tramo que llevaba hasta San Francisco cruzando Sierra Nevada; se encerró en el aseo de un compartimiento de literas vacío. Ahí, en el calor y relativa comodidad de su nueva morada, por fin pudo afeitarse con agua casi hirviendo y hacer algunas abluciones en el lavabo, todo lo cual obró maravillas en su estado de ánimo. Se secó la barbilla con una toalla limpia de hilo y se puso a escuchar el complejo e incesante ritmo que marcaba bajo sus

pies el traqueteo del convoy sobre las vías. Al principio notó, casi de forma imperceptible, que el tren comenzaba el largo ascenso por las montañas. Sacó la camisa limpia de la bolsa, se la puso con cuidado y se anudó la corbata. Pronto desearía no haber subido nunca a ese tren en Nueva York, pero de momento temblaba de emoción y no dejaba de tararear *California Here I Come* con una especie de optimismo nervioso que, a la postre, como comprobará el lector si nos acompaña un rato en esta novela, resultaría del todo injustificado.

Entró con sigilo en el compartimiento de primera clase, deslumbrado por el resplandor del sol al caer la tarde. Junto a la ventana, desde la que se veía al fondo el desierto alejándose en la distancia, había un florero azul vacío sujeto por un soporte cromado a la mesa plegable de caoba. La gruesa alfombra y unos sillones a juego, muy lujosos y tapizados de color azul marino y macasares de encaje, le recordaron el salón de su tía Lizzie, allá en Inglaterra. El pasillo del tren estaba desierto. Encendió la pipa para así poder conservar los últimos cigarrillos. El tren traqueteó al cruzar un puente de caballetes; le hizo pensar en el tableteo de una ametralladora, a pesar de que la guerra era poco más que una pesadilla sepultada en lo más profundo de su memoria, que sólo afloraba muy de vez en cuando. Como el balanceo rítmico del tren resultaba pegadizo, intentó improvisar mentalmente unos compases, pam, pim, pim; sacó el sobre del bolsillo y trató de garabatear lo que había imaginado, pugnando contra el movimiento del tren; pero tan pronto quedaron trazadas las líneas del

pentagrama la melodía se esfumó. Algo decepcionado, Whitey empezó entonces a contar los postes de telégrafo. Yo siempre cuento los postes cuando viajo en tren, pero después de los cien primeros me pierdo, solía decir tía Lizzie. Querida tía Lizzie...

Tía Lizzie vivía en Manchester, (Manchester la de Inglaterra, claro), donde crió sola a su hermano, el padre de Whitey, que estudió para profesor de música. La familia se mudó a Saint Louis cuando lo nombraron titular en el Conservatorio, y desde entonces habían vivido allí. Aparte de los rigores de la escuela, entre los que había que incluir las peleas con la mayoría de los chicos del establecimiento porque decían, debido a su acento, que hablaba como un maldito *mariquita*, el joven Bard alternaba las clases de solfeo de su padre con los entrenamientos en el campo de béisbol. A los dieciséis años, y para gran escarnio familiar, en lugar de entrar en la universidad lo hizo como lanzador en un equipo de segunda división, con la esperanza puesta en llegar a jugar algún día como *rooky* en uno de primera. Cuando murió su padre, justo antes de la guerra (se ahorró mucha juerga el viejo, no le gustaban nada los petardos), Whitey acompañó sus restos mortales a Inglaterra, y así el maestro de solfeo pudo ser enterrado en su tierra natal; su hijo todavía dudaba entonces entre la música y el béisbol. ¡Dios, qué buen lanzador si hubiese un buen... entrenador!

Tan pronto estalló la verbena en Europa, y más que nada para ver un poco de mundo, Whitey se alistó en Inglaterra, pues tenía la nacionalidad británica, a pesar de que apenas había vivido allí antes de que la familia emigrara a América. En Dunquerque, una bala de ametralladora le dejó machacados los higadillos ponien-

do fin a su carrera deportiva; y en una pequeña población de la costa napolitana otra bala estuvo a punto de poner fin... a todo tipo de correrías. Consideró que no había que tentar más al diablo, y su convalecencia fue ciertamente lenta, tan lenta como le fue posible, de manera que acabó coincidiendo con el final de la contienda. De todo aquello Whitey sacó en claro que la guerra era algo muy sucio, un par de medallas y otras tantas cicatrices, aunque de buena gana habría perdonado el beso por el coscorrón, como solía decir enigmáticamente tía Lizzie.

En Italia, patria del Arte, pudo quedarse con las fuerzas de ocupación hasta que se hubo restablecido el orden. Durante ese interludio escribió una sonata para piano que hubiese resucitado de alegría a su señor padre, si bien el sincopado concierto de jazz a la última moda que también compuso por entonces lo habría devuelto más que probablemente de inmediato a la tumba.

Con las partituras bajo el brazo, la foto del regimiento y una cojera casi imperceptible, le dieron el alta y fue mandado de vuelta a Inglaterra, donde en más de una ocasión pensó, coincidiendo con su tocayo William, el gran bardo del Avon, que las cosas, llegadas a lo peor, o empeoran o, como mucho, permanecen donde antes.<sup>1</sup> (A Whitey, aparte del béisbol y la música le chiflaba leer libros; a los clásicos, pero también de policías y ladrones, como éste).

---

1.- *Macbeth* de William Shakespeare (IV, 2): «...*things at worst will cease / or else climb upwards to what they were before*». «Cesarán los grandes males o retrocederán / adonde estaban antes.» A.L. Pujante (Espasa, 1995) (Todas las notas son del editor.)

Y es que ni las sinfonías ni los conciertos tuvieron éxito. Las cosas tampoco mejoraron al otro lado del charco, de regreso a los Estados Unidos. Un trabajo de profesor de piano por horas no lo condujo a ninguna parte. Al final tuvo que ponerse a componer para una revista de variedades que consiguió llegar a Broadway, pero que quebró una semana más tarde. La situación empezaba a ponerse fea cuando Ronald J. Pulham, editor musical y representante artístico en San Francisco, se interesó por su trabajo y le hizo por escrito la inexplicable oferta de comprarle los derechos de todas sus obras pasadas, actuales y futuras. La carta estuvo en su bolsillo durante un par de semanas, mientras Whitey le daba vueltas a lo que aquello significaría para su independencia, pero finalmente decidió quemar las naves. Se gastó los últimos dólares en un traje de sarga de un azul muy vivo, un surtido de corbatas para disimular la falta de trajes y un pasaje en el *20th Century Limited* con destino a Chicago. Bueno, creo que no se queda nada en el tintero, pues de Chicago pasamos al tren en que ahora está Whitey fumando tranquilamente, como ya ha quedado advertido el lector.

La pipa se había apagado. Un tranquilo y despejado crepúsculo iba envolviendo el compartimiento mientras el sol se ocultaba detrás de las montañas más lejanas y aparecían las primeras estrellas. El tren ascendía, mansa, incansablemente.

Whitey se acercó hasta el coche-bar, ocultó la bolsa detrás de un sofá imitación cuero, y se sentó a la barra, cediendo a la tentación:

—Un whisky solo.

—Solo un whisky, caballero —respondió el camarero de color. De color negro, se entiende.

Whitey puso un dólar sobre el mostrador. E hizo *cul-sec*.

—Muchas gracias. Quédese con la vuelta.

—Gracias muchas, caballero.

Un poeta, pensó Whitey.

Se permitió fumar un cigarrillo.

El coche-bar estaba vacío con la excepción de tres hombres, en un rincón, que hablaban acaloradamente; prestó atención: carreras de caballos. Estaba claro que volvían de la *Arlington Classic* de Chicago, donde debían de haber ganado mucho dinero, a juzgar por los comentarios. Whitey siguió escuchando sin excesivo interés. Un hombre, al que llamaban Clancy, discutía con un tipo de rostro sonrojado sobre un caballo que respondía al nombre de *Lapidary*. El tercer hombre metía baza con voz chillona y soltaba de vez en cuando una carcajada de marsopa epiléptica. El tal Clancy tenía el rostro impasible de un crupier y la voz profunda de un pope ortodoxo.

El hombre de rostro sonrojado canturreó:

—¡Señores! Propongo que pasemos sin más demora a la sala de juego.

Whitey concentró entonces su atención en el grupo. Tuvo una idea. Al salir, el tipo llamado Clancy se acercó y cogió un ejemplar del *Racing Bugle* que había encima del sofá.

—Disculpe —dijo Whitey con fingida cortesía— pero creo que ese *Bugle* es mío.

—Pues yo creo que usted es un chalado y un tocararices —replicó Clancy.

—Venga, no se lo tome así, hombre —dijo Whitey—. Supongo que olvidé el mío en el asiento. Me he dejado hasta la camisa en la *Arlington Classic*, sabe... —añadió, pesaroso.

—Vaya, cuánto lo siento, amigo. Perdone mi brusquedad. Pensé que era uno de esos liantes... No pretendía ofenderle ni nada parecido. Oiga, quizá le gustaría apuntarse a una partidita de dados amistosa.

En el estrecho pasillo de los compartimientos de primera clase el revisor les saludó obsequiosamente. Detrás de él apareció una mujer, un *bellezón* de pelo rubio. Tenía un tipo despampanante, que su ropa no hacía nada por ocultar, y un rostro de aquellos que los productores de Hollywood buscan durante los mejores años de su vida sin encontrarlo. Whitey la miró mientras se acercaba y le puso, mentalmente, el apodo de «Campeona de todos los Estados del Oeste».

Se apartó galantemente ante la aparición, pero el tren dio una sacudida justo cuando ella pasaba rozándole, y la empujó con fuerza contra él; aquello hizo que se esfumara cualquier atisbo de fantasía, pues todo lo que había imaginado de forma teórica se hizo palpable y maravillosamente real contra su cuerpo solitario, aunque sólo fuera durante un instante.

—¡Cielos! ¡Lo siento en el alma! —tartamudeó Bard, mintiendo. A veces, cuando se azoraba le volvía el acento de su infancia.

—¡Vaya! ¡Es usted inglés! —exclamó ella, desconcertándolo todavía un poco más. La voz era melodiosa.

—Sí, supongo que así es —contestó Whitey.

La fragancia de su perfume lo dejó aturdido.

Una mano de hierro apesó su brazo.

—No importa, Lily —dijo el hombre del rostro pétreo—. No ha pasado nada. Vamos, andando. Por aquí, princesa.

Whitey, apenado, la vio alejarse por el pasillo dejando tras de sí una fragancia de perfume de, calculó, por lo menos cincuenta dólares la botella.

—Una mujer con clase —murmuró Whitey para su colete, liberando su brazo con suavidad.

—Amiga de un amigo —explicó, desabrido, el tipo—; ¡no dejemos que se enfríen los dados!

Entraron en un compartimiento de primera exactamente igual al que Whitey había utilizado como refugio. Clancy bajó la persiana y desplegó la mesita de caoba junto a la ventana, haciendo caer al suelo el jarrón azul con flores. Lo cogió todo y lo tiró a la papelera.

—Es sólo una partida amistosa, apostaremos poco —dijo el hombre de rostro sonrojado—. Cuando queremos apostar en serio lo hacemos en las carreras. —Y soltó un graznido de rata almizclera.

Whitey se preguntó inquieto qué entenderían por apostar poco.

El hombre con el rostro de piedra agitó los dados con gesto experto. Rac, rac, rac.

—Tres dólares —anunció—. Dos ases.

Tres dólares. La totalidad de la fortuna de Whitey.

—Van tres dólares —dijo una vocecita. Era la voz de Whitey.

Se animó al poco.

—¡Atiza! —Los tres dólares se habían convertido en seis.

—Oiga, amigo, ¿no irá a dejarnos ahora, Mr. Bard, verdad? —preguntó Clancy.

—Clancy, por favor, llámeme Whitey. Por supuesto que no me voy. No quiero llevarme todo su dinero así, sin más.

Todos rieron la broma, pero para Whitey aquello no tenía ninguna gracia. Sudaba la gota gorda cuando volvió a tirar los dados.

Una hora más tarde, los tres dólares de Whitey se habían multiplicado, como los panes y los peces, convirtiéndose en noventa y siete. Empezó a preparar la retirada.

—Tengo que ir a por comida antes de que cierren la cocina —dijo.

Clancy le instó a que se quedara:

—¡Pero qué demonios, amigo! ¿No hay acaso un servicio de vagones? Haga que uno de esos mozos negros le traiga un bocadillo.

Cara de piedra contemplaba a Whitey en silencio.

—Oiga, querido, lleva usted una racha imparable, ¿no le parece? —dijo con calma.

Whitey tuvo que perder veintitrés dólares antes de poder escaparse, eso sí, con la promesa de volver en seguida.

Un mozo negro de la compañía vestido de un blanco deslumbrante (no podría asegurar que fuera el bardo de antes) le informó

con tono ceremonioso de que el coche-restaurant había cerrado. (No, no era el de antes; éste no hablaba con inversiones poéticas.) Whitey le dio un billete de cinco dólares y le pidió que por favor le preparara un bocadillo

—Las propinas están prohibidas pero son muy bien recibidas, caballero.

Whitey acudió al coche-bar y pidió otro whisky mientras esperaba el bocadillo. La Campeona de todos los Estados del Oeste estaba acurrucada en el sofá, leyendo una novela de bolsillo. El título de la novela empañó un poco el altísimo concepto que se había formado de ella. *When Dames Get Tough*. Su cabello era de un rubio pálido como la luz del sol matutino. Teñido, se dijo Whitey, a medida que aumentaba su desilusión. Aun así, se lo perdonaría. Distinguió las iniciales L.V. en el bolso. El hombre con la cara de piedra la había llamado Lily. Sus piernas estaban enfundadas en unas medias de seda de —calculó— veinte dólares. Ella se dio perfecta cuenta del estudio al que estaba siendo sometida, sin inquietarse en absoluto. Finalmente, se bajó un poco la falda con gesto virtuoso, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al salir dejó flotando en el ambiente la fragancia de su perfume de cincuenta dólares. ¿O serían sesenta?

En algún momento de la noche, el tren había alcanzado la cima de la Sierra y empezaba el largo descenso. Whitey apoyó la cabeza sobre la barra y echó una cabezadita.

Échese aquí también su siestecita, si quiere, el lector. El traqueteo del tren es casi mejor que una mano meciendo la cuna.

\* \* \*

Unos golpecitos en el hombro lo despertaron con sobresalto. El camarero había desaparecido. Se trataba del revisor justificando su sueldo en el peor momento.

—Billete, por favor.

Whitey se puso en pie y salió al pasillo, seguido del revisor.

—Lo siento muchísimo, pero mi billete está con mi equipaje. No logro entender por qué no trasladaron mis maletas cuando cambiamos de tren en Salt Lake City. Me temo que tendré que quejarme de esto a la compañía. Mientras tanto, puedo asegurarle que esto me contraría muchísimo.

—Sin embargo, no puede viajar sin pasaje, señor.

—No pretenderá que me baje del tren en marcha.

—No, señor, pero no puede viajar sin billete.

—No pretenderá que el tren se detenga.

—No, señor, pero no puede viajar sin billete.

La cosa duró un buen rato.

—Pues tendrá que bajarse en Tahoe.

—¡No pretenderá que me baje en Tahoe! —exclamó Whitey—.

Me esperan esta noche en San Francisco y es muy urgente. Escuche, amigo. No querría que se metiera en problemas por culpa de la equivocación de otro, pero tengo intención de quejarme de esto a la compañía y me temo que esto traerá cola.

Discutieron otro largo rato sin que ninguno de los dos cediera, pero, por fin, la cansina insistencia de Whitey y sus vagas

amenazas se impusieron. El señor Bard tendría que presentarse en la oficina del ferrocarril de San Francisco para recoger su equipaje, acompañado por el revisor jefe. Mientras tanto, se le emitiría un billete provisional. El revisor le pidió que se quedara en el coche-bar el resto del viaje y que no olvidara que sin pasaje no debía circular por el tren.

—Amén, quiero decir: muy bien —concluyó Bard.

Era ya noche avanzada cuando aparecieron las luces de San Francisco. Whitey cogió la bolsa de detrás del sofá en el coche-bar y renunció, con un poco de pesar (y nosotros con él) a su sueño de ayudar al acarreo del equipaje de la Campeona de todos los Estados del Oeste, *Miss Western United States*...

El tren entró en la estación con un estruendo de silbidos, resoplidos y humos varios, como una cafetera ambulante entrando en la línea de meta. Mientras los empleados preparaban las escalerillas para los fatigados pasajeros, Whitey saltó a las vías por el otro lado y se escabulló pasando bajo un paso a nivel cerca del andén.

—¡Hey! ¡Usted! ¡El del billete! —gritó el revisor, dando la voz de alarma—. ¡No pretenderá...! —Y sus palabras se perdieron entre los estertores de la exhausta cafetera.

Pero William «Whitey» Bard ya se había esfumado entre las sombras.

FUERA NO QUEDABAN TAXIS. Una limusina grande y silenciosa se detuvo junto a la acera. De ella bajó un hombre maduro, de poca estatura y aire dominante. El chófer cerró el automóvil y se pegó a sus talones. Cuando reaparecieron iba con ellos la Campeona de todos los Estados del Oeste envuelta en su perfume y con las medias a juego. El chófer introdujo en el maletero el equipaje marcado con las iniciales L.V. El hombre maduro y su acompañante permanecían silenciosos.

Subieron al automóvil, que se alejó zigzagueando con suavidad de anguila y se perdió entre las luces del tráfico.

Whitey anduvo una bocacalle y sacó de su bolsillo la carta de Mr. Pulham, para comprobar la dirección. En la carta le hablaba de Harry Bridley, antiguo amigo de su padre, por el cual conocía sus magníficas condiciones de compositor e instrumentista. Whitey apenas conocía a Harry, la verdad, pues su amistad

se había limitado a una correspondencia cada vez menos regular. Por las últimas noticias que tenía de él, sabía que trabajaba a las órdenes de un importante editor musical, que resultaba ser precisamente el tal Pulham. Whitey le mandó algunas de sus últimas producciones y ahora, en la mano, tenía las consecuencias de toda aquella bucólica novela epistolar.

Subió a un taxi y le indicó al conductor su deseo de encontrarse lo antes posible en un hotel de escasa categoría. Por las calles circulaban muy pocos peatones. Whitey quedó asombrado ante la profusión de luminosos que colgaban por todas partes. Miró por el ventanal de una casa de comidas nocturna. Consultó un reloj viario. La una y cuarto de la madrugada.

Una idea pasó por la mente de Whitey.

—Chófer, lléveme al 89 de East Buena Vista —dijo mientras comprobaba la dirección en el sobre arrugado.

—Tendremos que retroceder.

—Pues retrocedamos.

A partir de cierto punto, East Buena Vista era una calle poco favorecida por el alumbrado público. La placa con el número 89 reposaba en un edificio de ladrillo rojo y construcción anticuada. El caserón ocupaba toda la manzana y tenía dos puertas de entrada. La primera, separada de la calle por una breve escalera de mármol, y la otra tras una verja y un jardincillo que se desdibujaba en la esquina sur de la casa hasta morir en un cobertizo con funciones de garaje.

Había luz en el primer piso y en las ventanas situadas a los lados de la escalera de mármol.

—Deje la pianola girando —dijo Whitey lacónicamente al taxista, y avanzó hasta la casa.

Perdió un minuto buscando inútilmente el mecanismo de llamada. Golpeó los cristales con la uña del índice y aguardó.

Tuvo que repetir la operación varias veces.

Una luz apareció bruscamente en la puerta y detrás de ella un rostro. Whitey sufrió un sobresalto. Parecía un ser salido de un cuento de Poe. No se distinguía si era hombre o mujer. El cristal se abrió en muda interrogación, pero no la puerta. Whitey chasqueó la lengua guiñando el ojo simpáticamente.

—Tal vez Mr. Pulham esté despierto y quisiera... —insinuó.

—No está —le interrumpió la aparición. Era una mujer, pero tenía voz hombruna. ¿O sería lo contrario?

—Oiga, ¿conoce usted a Harry Bridley? ¿Dónde podría encontrarle? —insistió Whitey dispuesto a aprovechar al menos la carrera del taxi.

Los ojos le miraron con temerosa sospecha. La hoja de cristal se cerró bruscamente, levantando ecos en el silencio de la calle. El rostro se movía de un lado a otro negando, y desapareció en la luz como si se lo hubiera tragado un conjuro.

Whitey permaneció unos instantes perplejo y regresó al coche. Las luces de la escalera primero, y luego las del piso de arriba, se apagaron. Fin de la función. La primera en la frente, pensó Whitey. La oscuridad daba al caserón de ladrillo rojo un aspecto hosco y mortuario. Whitey recordaba la antigua dirección de Harry. Se la comunicó al taxista, que arrancó con aire de dolorosa resignación.

—Tendremos que retroceder.

—No me diga...

El barrio en que vivía Harry era pobre. Cuando llegaron, Whitey echó una ojeada horrorizada al marcador; despidió al taxista después de haber discutido el precio, sin demasiado éxito, todo hay que decirlo. Casi todo lo cosechado en la partida de dados decía adiós a su bolsillo.

—Tome y apague ya la pianola; con esto no tendrá que «retroceder» más por esta noche.

En la puerta se leía, en grandes letras: «ROOMS FOR RENT». Entró en la casa que estaba pared con pared al lado de un gimnasio. Los muros eran de un amarillo pálido a causa de la luz de las farolas; la escalera de madera crujió. La portería estaba vacía. Del primer rellano llegaba la estridencia de un aparato de radio. Había una puerta entreabierta. Whitey la empujó sin llamar. Frente al chisporroteante receptor se hallaba una mujer en una *chaise longue* bastante desvencijada. Tenía aspecto de haber bebido. Todo el cuarto olía a ginebra barata. En el suelo había unas botellas sin etiqueta.

La mujer se incorporó airada. Tendría unos cuarenta y muchos, era gruesa, con bolsas debajo de los ojos, y un color de piel café con leche que revelaba un origen entre mulata y cuarterona. Tercerona, pensó Whitey; ¿pero existe tal categoría intermedia; qué opina el lector?

—¿Qué quiere ahora? —dijo trabajosamente la mujer.

Whitey se acercó procurando evitar la batería de olores que salía de su boca. Lo logró sólo a medias.

—Tengo entendido que vive —o vivía aquí— un tal Harry Bridley, y me gustaría...

El rostro de la mujer adquirió un tono violáceo. Comenzó a gritar con voz pastosa:

—¡Ya se lo he dicho a todos!... Cuando llegué no vivía ya aquí... No sé dónde... ¡Pregunten a otro! —Tenía las arterias hinchadas y Whitey temió que fuera a darle un ataque. Retrocedió. La mujer empezó a lloriquear.

—¡Y encima que no la dejen beber a una!... Y viene luego ese, ese McCormick... —pronunció el nombre silabeando con gran esfuerzo, dos veces, soltando algún esputo entre medias—, ese Mc-Mc-Cor-mick, para luego... ¡Harry Bridley!... ¡Márchese!... ¡¡Ahueque!!

Para silenciarla Whitey le acercó una botella que había resistido a la *mêlée* y permanecía ilesa en el suelo. La mujer la aproximó a sus labios, derramando la mayor parte del líquido. Enseguida pareció calmarse y quedó medio adormilada, como un bebé con cólicos al recuperar su chupete extraviado.

—Saludos a los angelitos... —se despidió Bard.

Cerró la radio y la puerta, abandonando por esa noche la idea de localizar a las dos únicas personas que conocía en San Francisco.

Calle abajo encontró un hotel; bueno, eso era lo que rezaba el rótulo. Tuvo que despertar a un hombre calvo que daba cabezadas detrás del registro. Firmó en él.

—No sé si voy a quedarme más de una noche —dijo Whitey—. ¿Cuánto será?

El hombre calvo lo repasó de pies a cabeza.

—Un papiro; por adelantado.

Whitey pagó los diez dólares y recibió una llave.

—Segundo piso —indicó el calvo.

Whitey se acostó enseguida dispuesto a dormir hasta muy tarde. Estaba destrozado. Pero no consiguió conciliar el sueño hasta que no adaptó los salientes de su cuerpo a los entrantes de la cama; lo de cama, un decir.

Soñó que estrenaba las sinfonías y los cuartetos y que los periodistas se disputaban sus entrevistas; una belleza, como la rubia del tren, le entregaba un ramo de orquídeas.

Todo esto se cumpliría, estimado lector, pero Whitey no podía imaginar de qué manera.

POCO DESPUÉS DE LAS ONCE Whitey se despertó con la sensación de haber dormido en el lecho de un faquir. Abrió la ventana para dar paso a un sol de calidez lechosa, y echó una ojeada a las azoteas que se extendían en desigual explanada.

Se enfundó la camisa y el traje que había colgado cuidadosamente la noche anterior en el armario empotrado, y bajó la escalera esquivando unos cubos de basura.

El hombre calvo de la víspera había echado pelo durante la noche; o bien era otro el que acababa de darle los buenos días; tal vez su hermano gemelo, pero con pelo, pues se parecía al encargado de la noche como una gota de agua a otra.

Whitey le entregó la llave parpadeando de sorpresa por el parecido entre ambos.

—¿Ha descansado a gusto? —preguntó el doble peludo del calvo. Whitey contestó con un gesto vago y preguntó a su vez:

—¿Dónde puedo encontrar una estafeta de la Western Union Office?

—Dos calles más abajo, tercera esquina a la izquierda, primera bocacalle a la derecha. ¿Va a quedarse más tiempo la habitación?

—Depende. He dejado arriba el equipaje. Si me hace falta vendré a por él. Puede que vuelva esta noche —dijo Whitey pomposamente.

En la calle compró un periódico y lo abrió directamente por la página de espectáculos. Echó una mirada satisfecha al programa de conciertos. Se anunciaban algunos estrenos. Predominaba la música europea: francesa, inglesa y rusa especialmente. Estaba claro quién había ganado la guerra. Observó bastante trajín de solistas, y la llegada de un director de orquesta, cuyo nombre, judío, le resultaba vagamente familiar.

Se guardó el diario doblado en el bolsillo, y como había olvidado las indicaciones del hotelero tuvo que preguntar de nuevo por la estafeta de correos más cercana.

Giró diecinueve dólares y medio a un conocido de Nueva York que guardaba la papeleta de empeño de su reloj, para que lo recuperara, y le telegrafió su nueva dirección en San Francisco. Luego entró en una barbería para afeitarse, y más tarde, en un restaurante italiano.

No había ningún parroquiano. Le sirvió una camarera que hablaba un «slang» originalísimo y que tarareaba en voz baja una melodía de Irving Berlin, aunque sólo la habría reconocido el propio compositor, y aún.

—¿Una pizza que alampe, *American Patrol*?

—No; gracias. Unos calamares, por favor.

—Pirulando, soldado...

Estaba claro que su corte de pelo lo delataba todavía. Whitey comió aprisa, pagó y salió perseguido por la mirada provocadora de la camarera.

—Hasta la vista, señorita.

—*Deja hablar a las flores... Tengo un corazón rebotante de amor... Ciao, soldado...*

Era dentada y rubia como la cantante inglesa Vera Lynn, pero ahí acababa todo parecido.

Para hacer tiempo se metió en un cine. Vio la película: *Murder, my Sweet*.<sup>2</sup>

Disfrutó con las agudezas de Marlowe, pero había muchos asesinatos y violencia y aquello le revolvió un poco el estómago. Lo que no sabía Whitey es que en más de un aspecto el film hubiera merecido el habitual *predestinato!* que tenía siempre en boca su enfermera favorita en el hospital de Salerno...

No le costó mucho trabajo encontrar el número 89 de East Buena Vista, en esta ocasión, sin la ayuda de un taxi. Unos chicos jugaban al béisbol delante del caserón de ladrillo rojo, que había perdido ahora parte de su aspecto tenebroso. Buena muñe-

---

2.- Película de 1944 de Edward Dmytryk basada en la novela de Raymond Chandler *Farewell my Lovely* (película titulada *Historia de un detective* en español). Con Dick Powell en el papel de Philip Marlowe.

ca la del lanzador. Sí, señor. La puerta estaba abierta esta vez y Whitey entró silbando el último movimiento de su concierto para piano. Pero nadie aplaudió.

En el vestíbulo halló a un portero que no era la aparición de la víspera, pero que era igual de dicharachero, y que le indicó con un breve mugido de vacuno que subiera al piso de arriba. Whitey subió por una escalera digna de una universidad europea, al final de la cual se encontraban los apartamentos destinados a oficinas, dignas del Kremlin. La otra planta era la vivienda particular de Mr. Pulham, digna del maharajá de Kapurthala.

Whitey navegó por pasillos concurridísimos, y después de estudiar varios rótulos, llamó y abrió simultáneamente una puerta en la que se podía leer: R.J. PULHAM—PRIVATE

La mecanógrafa interrumpió su trabajo de aporrear el teclado y se quedó con una mano en el aire, como si la hubieran sorprendido hurtando galletas en la despensa. Apuntó al intruso con la barbilla en muda interrogación.

—Tengo verdadera urgencia en hablarle —dijo Whitey, manteniendo entreabierta la puerta y mostrando con el índice el cristal que recubría el nombre de Pulham.

—¿Ah, sí?

Soltó la puerta, que se cerró tras él con un «clap» ahogado, y añadió a guisa de explicación:

—He venido de Nueva York sólo para verle.

Agitó la carta delante de la nariz de la mecanógrafa. Ésta se levantó y después de echar una ojeada al papel fue empujando al visitante fuera del despacho.

—Tendrá que aguardar; el jefe está muy ocupado.

—¡Qué casualidad! Oiga, querida, sea buena. Dígale que he venido. Le pediré que no la riña.

Ella lo miró severamente y lo condujo a una salita que olía a desinfectante.

—Espere aquí —sentenció, llevándose la carta.

La habitación tenía otra puerta y Whitey decidió inspeccionar. Detrás arrancaba una escalera alfombrada en forma de espiral. Del fondo subía el rumor típico de instrumentos afinándose. Whitey descendió por ella y se halló de nuevo en la planta baja, pero en el extremo opuesto a la entrada principal.

Al otro lado del vestíbulo había una gran sala con el suelo en graderío para que se instalara una orquesta. Los atriles formaban un semicírculo con partituras, y un par de docenas de hombres charlaban formando corrillos.

Algunos de ellos iban en mangas de camisa y fumaban; otros acababan de afinar los instrumentos. Delante del piano, un hombre grueso hacía indicaciones a otros dos y las subrayaba con acordes.

Un zumbador eléctrico puso fin a la algarabía y los músicos se acomodaron en sus sitios disciplinadamente.

A la derecha había una gran cabina como de emisora radiofónica, separada por un grueso cristal.

Dentro, R.J. Pulham en persona dirigía los preparativos, probablemente para la grabación de un disco. Whitey lo reconoció de inmediato. Era el hombre de la limusina negra que estaba esperando en la puerta de la estación a la Campeona de todos los

Estados del Oeste. Whitey recordó con acaloramiento a la despampanante rubia del perfume caro y se sentó, reflexionando, en una de las butacas destinadas al auditorio privado.

El hombre del piano se dirigió a la tarima central y fue sustituido por el verdadero pianista, un tipo desgarbado, vestido de pingüino. Un micrófono descendió automáticamente del techo y todo quedó dispuesto con gran eficiencia. Mr. Pulham tomó asiento no lejos de Whitey. Éste reconoció los primeros compases de *Petrouchka* y se abstraigo en la audición.

Una interpretación realmente feliz, a juicio de Whitey. Vio a Pulham levantarse y conferenciar brevemente con el director. Whitey hubiera deseado quedarse algún tiempo más en la sala para cambiar impresiones con sus colegas, pero echó a andar enérgicamente detrás de Mr. Pulham. Le dio alcance en la puerta.

—Mr. Pulham, supongo —preguntó. No se le había ocurrido nada mejor; al menos no había dicho: doctor Pulham.

El hombrecillo se detuvo mirando interrogadoramente a Whitey. Parecía desconfiar.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Soy Whit... quiero decir William Bard. Telegrafíe desde Nueva York ayer mi llegada.

—Acompáñeme, Mr. Bard, tenga la bondad.

Mr. Pulham tenía modales suaves.

Whitey lo siguió, anhelante. Empezaba a pensar que quizá había sido muy arriesgado quemar todas las naves.

Pulham hablaba mientras subían:

—Recibí ayer su telegrama, efectivamente. Comenzaba a dudar de que hubiese aceptado mi oferta. Subiremos a mi despacho. En esta casa no hay ascensores; odio los ascensores. Prefiero las escaleras, ¿usted no? Además, es inútil pretender modernizar estas casas antiguas. Este edificio fue construido antes del terremoto. Habrá oído hablar de «el terremoto», ¿verdad?... ¿Qué tal viaje tuvo usted? —El hombre preguntaba sin esperar las respuestas—. Por aquí, por aquí... —Mr. Pulham introdujo a Whitey en su sancta sanctorum. Una habitación de techo alto con chimenea al fondo, cortinas de terciopelo rojo y una mesa digna de un dictador.

Whitey echó un vistazo apresurado al mobiliario y aceptó la butaca que Pulham le indicó.

Detrás de la gran mesa, el editor parecía más pequeño todavía. Abrió un armarito, ofreció a Whitey cigarros puros y le dio a escoger la bebida. Whitey rechazó lo primero pero agradeció lo segundo.

—Bourbon —indicó.

Bebieron juntos. Pulham mordió la punta de su gran habano y la escupió en una papelera. Dos puntos. Estudiaba a Whitey sin disimulo; el despacho quedó en silencio. Whitey fue el primero en sentirse incómodo, así que aventuró un:

—Bien...

Pulham se limitó a asentir como si aquello fuera una historietita con la gracia al final. Whitey decidió entonces ser más locuaz:

—Es que tuve que liquidar antes varios compromisos. Tan pronto como lo hice me puse en marcha... —Whitey vaciló—. Por cierto, anoche, al llegar, me dejé caer por aquí, pero me dije-

ron que no estaba usted. Luego intenté localizar a Harry, pero no pude. A ver si hoy... —Pulham hizo una mueca.

—Muchacho, ¿no lee los periódicos que compra?

Pulham se levantó y desdobló el diario que asomaba del bolsillo de Whitey. Se lo devolvió abierto por la página de sucesos.

Uno de los titulares rezaba: «SIN ACLARAR LA SOSPECHOSA MUERTE DEL MÚSICO». Seguía una columna y media de texto, que Whitey no leyó.

—¡Dios! —exclamó Whitey concisamente.

—Gran chico ese Bridley —dijo Pulham, como siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

Esta fue toda la oración fúnebre. Cuatro palabras. Ni una más. Se hizo un silencio. Whitey aguantó la mirada.

—¿Que cómo sucedió? —retomó Pulham—. Eso quisiera saber la policía, la prensa, todo el mundo. El caso es que anteayer por la mañana apareció el cadáver completamente magullado. Lo encontró Anita, caído detrás del seto que hay junto a la puerta del garaje.

Whitey levantó una ceja claramente interrogativa.

—Anita está en la portería. La pobre ha sufrido una crisis nerviosa. Todavía me parece oír sus gritos...

El editor empezó a dar paseos nerviosos. Doce pasos exactamente a lo largo de la biblioteca; nueve hasta la chimenea, tres hasta la ventana, y vuelta a empezar. Whitey tenía que torcer el cuello para seguir con la mirada todo aquel recorrido.

—¡Cuénteme! —le animó.

—Mire, Bard, voy a serle franco. Aquí están sucediendo cosas muy... desagradables. Ya se irá usted dando cuenta. Y la policía está empeñada en no verlo. Estuvo ayer merodeando por aquí sin sacar nada en claro. No hay pruebas de que Bridley falleciese de algo más que de un accidente; las huellas de los golpes parece que fueron ocasionadas por la portezuela de un automóvil. Pero el cuerpo tenía muchas contusiones y varios huesos rotos. Por lo visto el golpe lo proyectó violentamente contra una columna de la verja y cayó detrás de los setos. Tenía el cráneo fracturado por varios lados. —Whitey se estremeció—. Estaba desfigurado. El forense calcula que falleció de madrugada, entre la una y las dos y media.

Whitey torció un poco más el pescuezo para ver mejor a Mr. Pulham, que estaba en el ángulo de su recorrido, y frotó un zapato contra otro.

—Y bien... —alcanzó a decir Whitey, deseoso de llegar a alguna conclusión.

El editor lo miró fijamente y tomó la actitud del que va a hacer una declaración sorprendente:

—Creo que Harry ha sido asesinado.

Si el editor esperaba algún comentario por parte de Whitey se llevó un chasco.

—Y creo, además, que Bridley fue asesinado por error... ¡Yo tenía que ocupar el lugar de la víctima! —declaró Pulham dramáticamente con un gesto amplio de los brazos—. ¡¡Me consta!!

—¿Ha comunicado a la policía sus sospechas?

El editor inclinó la cabeza, pero no es seguro que fuese afirmativamente.

Entonces entró en el despacho Lily de Vries.

—¡Ah, Lily! Es el señor Bard, el compositor amigo de Harry. Señor Bard, Lily de Vries, mi secretaria. Le estaba contando al señor Bard los detalles de la muerte del pobre Bridley... Todavía ignoraba la desgracia.

Whitey se incorporó un poco y saludó a la Campeona de todos los Estados del Oeste. Ella no dio la menor muestra de reconocerlo, aunque Whitey sorprendió un brillo divertido en sus ojos.

—Mucho gusto. Todos lamentamos la muerte de Mr. Bridley.  
—Su voz era aterciopelada.

Había cambiado el vestido del viaje por otro más severo. Pero Whitey pensó que para disimular aquel cuerpo hacía falta algo más que un vestido severo. Lily llevaba un montón de papeles y se movía con mayor desenvoltura de la que acostumbran a tener las secretarias.

—Dispéñeme un momento, Mr. Bard —dijo Pulham.

El editor y la secretaria se inclinaron sobre la mesa, ignorándolo.

Whitey se levantó y se inclinó a su vez sin ningún disimulo sobre la mesa. Ella lo vio y le acercó unos papeles.

—¡Ah, sí, claro! —dijo el editor—. Eche un vistazo a este programa, Bard, y déme su opinión. Es nuestro concierto de mañana en el Huntington Hall.

Whitey lo estudió concienzudamente. Stravinsky, Respighi y Ravel. Interpretados por la Philharmonic Orchestra dirigida por Hans Manerheim. Whitey recordó el nombre.

—Una selección muy interesante —dijo—. He leído que el profesor Manerheim había llegado, pero no sabía que lo había traído usted.

—Bueno... casi todo el ajetreo musical de esta ciudad depende de Pulham & Co. —dijo la cabeza visible de Pulham & Co., con satisfacción—. Nada más de momento, Lily.

La secretaria salió provocando un suave ruido con la seda de la falda.

—De ascendencia holandesa —explicó Pulham cuando hubo salido—. Trabaja con nosotros desde hace cuatro años.

Whitey pensó que entonces tal vez fuera rubia natural. Y se alegró.

—¿Qué le estaba diciendo? ¡Ah, sí! El pobre Bridley... ¡Ha sucedido de forma tan repentina! Tendrá usted que hacerse cargo de sus efectos personales. No tenía familia, que yo sepa... —Juntó las yemas de los dedos de ambas manos formando una bóveda y ladeó la cabeza. No es seguro que lo hubiera ensayado, pero de todos modos el efecto era realmente impresionante.

—Bien. —Whitey encendió un cigarrillo y apuntó con la cerilla a la escupidera. Falló por tres dedos—. ¿Qué hay de las partituras que le mandé?

—Excelentes, Bard. Excelentes. Ya hablaremos de ellas.

—¿Cuándo?

—¡Oh! Hay tiempo... Espero que nos honre usted con una larga estancia entre nosotros.

Whitey se levantó de la silla y se apoyó contra la mesa mirando fijamente al editor.

—Usted tiene algo más que decirme, Mr. Pulham —sentenció—. Dígalo.

Mr. Pulham se volvió de espaldas y habló desde la ventana.

—Siéntese Bard y escuche. Detrás del accidente de Bridley hay algo... —vaciló antes de continuar—... algo extraño. Todo lo que usted ve, la editorial, la fábrica de discos, el «trust» musical, la cadena de conciertos del Hall son el esfuerzo de más de treinta años, Bard. Comencé sin un centavo, y jamás tuve un amigo ni un apoyo. Los hombres como yo jamás pedimos ventaja, pero tampoco la concedemos. Tal vez haya sido excesivamente duro, tal vez haya llevado a la ruina a alguna gente. No lo sé, nunca me he preocupado en averiguarlo. No soy lo que se llama un tipo simpático. Todos los que están a mi alrededor están ahí porque dependen de mí y de mi dinero. En la vida hay situaciones que no le permiten a uno hacer marcha atrás: yo me siento atrapado en el mecanismo de mis negocios. Usted compone música y tiene su independencia; pero no puede figurarse hasta qué extremos ha crecido mi organización. Ni yo mismo lo sé con exactitud. He tenido que descargar parte de mi trabajo sobre hombros ajenos, y Pulham & Co. ha visto extender su entramado financiero por todos los Estados de la Unión.

—Le creo —dijo Bard, más que nada para que el otro pudiera tragar un poco de saliva antes de seguir con el discurso.

Pulham parecía ver desfilar sus méritos por el cristal de la ventana y los acariciaba con la vista como si fueran sus retoños.

—En las próximas elecciones de mayo mi candidatura va a ser presentada por el Partido Republicano para un escaño en el

Senado. Un nuevo campo de batalla se me presenta y no he de negar que me satisface.

Whitey dio una larga chupada a su cigarrillo y lo interrumpió, ahora ya un poco molesto:

—Y en todo esto, ¿dónde encaja la actuación del pobre músico William Bard?

El editor se dignó a mirarlo, por primera vez desde que había iniciado la perorata.

—Hace un par de meses recibí un anónimo. Luego han seguido llegando periódicamente. Ya sabe usted, algo bastante frecuente... Pidiendo dinero... No hice ningún caso, por supuesto. Con el tiempo los avisos fueron tomando un aire amenazador. ¡En el último se me exigía una fuerte cantidad con amenazas de muerte! Le digo que quieren intimidarme, pero no me sacarán nada estos canallas... Conozco a este tipo de chantajistas; son insaciables, no solucionaría nada entregándoles el dinero.

—¿Lo sabe la policía?

—No. Al principio me resistí a pedir protección oficial. Creí que esos avisos eran sólo para asustarme, triquiñuelas políticas, ¡quién sabe!, o alguna broma de mal gusto. Bridley, que hacía ya algún tiempo que trabajaba para mí, estaba al corriente de la situación. Entonces recibí sus partituras, Bard, y él me habló de usted... —El editor vaciló, un poco confuso—. Y pensamos los dos en la posibilidad de... de una protección, digamos... privada.

Whitey se atragantó.

—¿Usted me ha llamado para que yo le haga de guardaespaldas? —El editor asintió, un poco anonadado—. Yo soy compositor, no policía, Mr. Pulham... y no creo...

—No se excite, Bard. Me ha interesado mucho su música...

—¡Y un cuerno! ¿Cómo se les ocurrió a usted y a Harry la brillante idea de pensar en mí para un trabajo de esa clase?

—Usted ha sido condecorado, ha hecho una magnífica campaña en Italia... —La voz de Pulham se hizo un poco lastimera.

—¡Una magnífica campaña! —estalló Whitey—. Pero si pasé los peores momentos de mi vida cuando me dieron media docena de granadas para lanzarlas contra el primer alemán que se cruzara en mi camino. Es cierto que he descalabrado a algún tipo, pero siempre ha sido para evitar que ellos me patearan la rabadilla. ¡Y se me revuelve el estómago sólo con recordarlo! Mr. Pulham, yo me limito a vender mis partituras; no alquilo mi pellejo.

Se dirigió a la puerta y antes de salir añadió:

—Encontrará usted matarifes profesionales a un dólar la docena. Búsquese uno.

—Vuelva, Bard. —El editor volvía a ser el hombre dominante, el dictador de la Pulham & Co.—. Ninguno de ellos me sirve... Ya le he dicho que, en todo caso, tengo que disimular. Si me rodeo de ese tipo de escolta que usted dice... ya puedo renunciar a Washington. Compréndalo: ¡menudo papel para un futuro senador! Y no hay ningún policía en todo San Francisco que pueda pasar siquiera por afinador de pianos...

Whitey volvió y escuchó.

—Por otra parte —siguió Mr. Pulham—, desconfío de la gente de esta casa. Necesitaría un motivo plausible para tener un detective a mi lado. En cambio, de usted nadie sospechará.

—Se equivoca de hombre, Mr. Pulham; el único hijo de mi madre no va a correr con este encargo.

—Yo pago bien a la gente que me sirve bien...

Whitey empezó a andar de nuevo hacia la puerta.

—No le entiendo, muchacho —dijo Mr. Pulham, con tono conciliador—. Viene usted de Nueva York para vender unas partituras y cuando parece que las cosas...

Whitey recordó el lecho de faquir y se volvió otra vez.

—Me pillaba de paso para otros negocios —dijo. Pero Whitey no era un buen embustero.

—¡Claro! Apuesto a que no tiene usted en el bolsillo ni cincuenta dólares y que no sabe si podrá comer a final de mes.

Whitey enrojeció.

—¿Qué apuesta?

—10 pavos.

—Pues me los debe usted. Tengo cincuenta y cuatro dólares. —Whitey esbozó un gesto de buscar en el bolsillo, pero le pareció pueril—. Y no me gusta que me llamen mentiroso.

Pulham hizo un ademán como diciéndole que lo dejara estar.

—Le creo, ha ganado diez dólares, Bard. Pero Harry Bradley le hubiera reprochado su actitud. Me dijo que era usted un chico valiente.

—Pues soy un cobarde de tomo y lomo, y cuando algo me asusta echo a correr, que es lo que voy a hacer ahora...

—Tal vez si hubiera llegado usted antes —prosiguió el editor sin hacer caso del comentario—, Harry Bridley no estaría donde está.

—¡Claro, estaría yo en su lugar! —le espetó Whitey.

—No sea impulsivo, muchacho. Oiga: en otras circunstancias me habría interesado por su carrera musical sin pedirle nada a cambio. Ahora tengo que... presionarle porque me es usted necesario. Le voy a hacer una proposición. Quédese conmigo hasta que se celebren las elecciones de junio. Total, un mes y medio. A partir de ese momento podré pedir ayuda oficial y su compromiso habrá terminado. A cambio de ello patrocinaré el estreno de sus obras y le organizaré una gira de conciertos para la próxima temporada. Esto bastará para darle un nombre cotizabile. Lo demás depende de usted... y de la calidad de su música. Además, le compraré los derechos de las partituras para la edición y la grabación.

Whitey cerró los ojos y vio una sala de conciertos llena, público aplaudiendo, reportajes de la prensa y dinero abundante en el bolsillo. También pensó en Lily de Vries y en su perfume de cincuenta dólares. Se dijo que debía contar mentalmente hasta diez antes de reaccionar, pero al llegar a tres se escuchó a sí mismo decir:

—¿Cuánto ofrece?

—Ponga usted un precio —dijo tranquilamente Pulham.

Whitey sintió un calorillo agradable y dijo algo que le pareció una barbaridad:

—Dos mil dólares.

—De acuerdo.

Whitey se arrepintió de no haber pedido cuatro mil.

—Gastos aparte, por supuesto —añadió Whitey, a modo de íntima compensación.

—Por supuesto, Bard. Le daré un poco de dinero por adelantado —dijo el editor, con un tono de mando casi rutinario—. Hágase unos cuantos trajes. Traiga el equipaje aquí. Vivo en el piso de arriba y siempre tengo invitados. Más tarde se los presentaré.

Pulsó un interruptor encima de la mesa.

—Sebastian, prepare la Habitación Celeste —dijo Pulham por el micrófono. A Whitey aquello de la Habitación Celeste le sonó como si hubiera dicho la celda 407—. Tenemos un nuevo invitado. Mande a Paul a recoger un equipaje a... —Miró a su interlocutor, enarcando una ceja.

Whitey le indicó por señas que no tenía equipaje.

—Nada. Déjalo. —Desconectó el aparato y siguió con la retahíla de instrucciones—. Dormirá usted junto a mi habitación y procure no alejarse mucho de mí durante el día. —Pulham hablaba cada vez con más rapidez y seguridad, disponiéndolo todo—. Intente adaptarse a mi horario. Durante las horas de oficina ocupará usted esa sala de estudio. —Señaló en dirección opuesta a la puerta por donde había desaparecido Lily de Vries—. Luego le daré un plano del edificio. Las comidas puede usted tomarlas donde guste, aunque esta noche deseo que cene con nosotros. Le presentaré a los demás invitados.

Consultó una agenda y añadió:

—Mañana por la noche asistiremos al concierto del Huntington

Hall. El sábado y el domingo me dedico a jugar al golf. ¿Juega usted? Tengo un campo privado en mi finca. Regresaremos el lunes. Nada más.

A Whitey le daba vueltas la cabeza. El editor apartó un cuadro con unos faunos, que colgaba en la pared detrás de la mesa; introdujo una llave en la pared y abrió un armario disimulado en ella. Dentro había un verdadero arsenal.

—Soy aficionado al tiro —explicó, sin que nada le hubiera preguntado—. Elija usted. Le recomiendo esta Luger. Está cargada —añadió blandiendo la reluciente pistola.

—Tengo pistola, gracias. ¡Y no juegue con ese cacharro! —contestó Whitey. El editor se encogió de hombros sonriendo como si hubiera sido una broma, y cerró el armario. Acompañó a Whitey hasta la puerta.

—Cómprase un par de maletas para cubrir las apariencias. Está usted libre hasta las ocho.

Se dieron la mano. La mecanógrafa estaba comiendo bombones cuando Whitey salió. Le pidió uno. En seguida se arrepintió de haberlo hecho. Se sintió un patán.

En la puerta se topó con algunos instrumentistas rezagados. Se dio a conocer como William Bard, compositor.

—¿El amigo de Harry Bridley? Nos habló de usted. ¡Eh, Dan! Éste es Mr. Bard, ¿recuerdas? Dan hizo mucha amistad con Bridley... Le voy a presentar a Dan Ryan, Mr. Bard.

Dan Ryan cambió de mano el estuche del violín para estrechar cálidamente la mano de Bard.

—Me alegro de conocerle y de verle por aquí, muchacho.

Era un hombre de mediana estatura, maduro y con patas de gallo alrededor de los ojos. Tenía la barbilla saliente y la movía como si masticara algo. Le convenía un buen afeitado.

A Whitey le resultó simpático.

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó Ryan.

—No tengo dirección fija.

Anduvieron juntos un largo rato por Market Street y luego siguieron por Van Ness. El irlandés informó a Whitey de que tocaba el violín en la Filarmónica.

—¿Se ha entrevistado con el viejo? Casi todas las agrupaciones musicales de aquí dependen de la Pulham & Co. —aclaró Dan—. ¿Qué impresión le ha causado el tirano?

Whitey pensó en los dos mil dólares.

—Mejor al final que al principio —dijo.

Ryan rió por lo bajo.

Whitey le preguntó por Harry Bridley.

—Hicimos buena amistad. Al principio venía con frecuencia a casa a comer y a charlar de música. Espero que venga a visitarme usted también. Le presentaré a mi mujer y a mis hijos. Son buenos chicos... aunque los dos tocan el saxofón en una orquesta de jazz; qué se le va a hacer —dijo con un suspiro—. Luego le vi con menos frecuencia. Creo que se convirtió en el hombre de confianza del jefe, o algo así. No pude sacarle nada; Harry era cerrado como una ostra. Y ahora... —El violinista hizo un gesto expresivo como diciendo «Y ahora está criando malvas».

—¿Cree usted entonces también que su muerte fue debida a algo más que a un accidente? —preguntó Whitey.

Ryan se detuvo y guiñó los ojos varias veces como si la luz le molestase en ellos, casi arrepintiéndose de su gesto anterior.

—Quiere usted decir...

—Quiero decir... asesinado.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Dan cautamente. Ahora fue Whitey quien hacía un ademán vago—. No sé, muchacho... no sé... Es muy delicado todo esto. Las últimas veces que hablé con Harry parecía preocupado, como si estuviera en un apuro. Pero no me dijo nada. Ya conoce su carácter. No insistí. Lo atribuí a algún disgustillo con Nancy.

—¿Quién es Nancy?

—Ah... creo que la conoció en un gimnasio que hay junto a la pensión en que vivía Harry antes de trasladarse a la casa del jefe. Es una de esas chicas... ultramodernas. Canta en cabarets, frecuenta los rings y las carreras, y apuesta más dinero a los caballos el domingo del que yo gano en un trimestre. Me temo que le sorbió el seso a Harry. Yo no soy un moralista, Mr. Bard, pero esa chica no me gusta. Nunca me gustó. Se lo dije a Harry, y se lo tomó muy mal.

A Whitey se le ocurrió algo.

—¿Dónde vive esa Nancy?

—Harry me dijo una vez que vivía en las afueras, en un bungalow. Pero no lo sé exactamente. En el gimnasio le indicarán el modo de encontrarla, probablemente. Pero si quiere un consejo, muchacho, deje en paz a esa chica. Es veneno en rama.

Whitey anotó las señas del irlandés y prometió visitarle.

Como todas las tiendas estaban cerradas, decidió darse un garbeo y cogió un tranvía hasta Golden Gate Park. Luego se metió

otra vez en un cine y vio una película llamada *Double Indemnity*<sup>3</sup> una extraña historia de adulterio y asesinato. Magnífico el agente de seguros que resuelve el caso, Edward G. Robinson; y la chica, Barbara Stanwyck, le recordó un poco a la rubia del tren.

A la salida aún pudo dar una vuelta por el parque.

---

3.- Película de 1944 de Billy Wilder (1906-2002), titulada *Perdición* en español, basada en el relato *Three of a Kind* de James. M. Cain (1892-1977), con Fred McMurray, Barbara Stanwyck y Edward G. Robinson en los papeles principales.



EL PASEO ESTUVO ENTRETENIDO, y aquel rato sin tener nada que hacer le permitió a Whitey hacerse a la idea de su nueva situación. Nunca se sabe por dónde saldrá la bala, pensó Whitey. Contó los billetes. Estaban todos. Treinta. El tirano era pues de fiar, al menos en esta faceta.

Con el dinero de Pulham adquirió Whitey un par de buenos trajes, zapatos y dos maletas en unos almacenes «Todo para el Caballero», y encargó que lo mandaran a su nuevo domicilio. Luego eligió un sombrero de fieltro negro de ala flexible y una gabardina, más un bastón de malaca, concesión coqueta a su leve cojera. En la sección de confecciones le tomaron medidas para un frac, en previsión de los próximos estrenos. Todo eso le hizo sentirse bastante ufano.

Después pasó a recoger sus bártulos al hotelucho. Se despidió con una generosa propina en recepción, ocupada ahora por una

mujerona bastante cascada pero de rasgos muy parecidos al doble calvo del peludo (o al doble peludo del calvo); así que tuvo tentaciones de decirle que compartiera las monedas con sus... hijitos, pero no lo hizo por si la mujerona era más bien la hermana de los gemelos. Es decir, por si eran trillizos. Cosas más raras se han visto.

La puerta del gimnasio contiguo estaba abierta y Whitey decidió aprovechar el viaje.

Le quisieron cobrar veinticinco centavos y como Whitey no quería cambiar un billete grande, tuvo que esperar a que entrara un grupo de muchachotes en calzón corto para colarse.

Un púgil, dueño de un par de orejas grandes como sombrillas, estaba haciendo ejercicios con la comba. Whitey se le acercó lateralmente para evitar la cuerda. Dijo:

—Me han dicho que aquí me darían las señas de Nancy. Soy amigo suyo.

El de las orejas de alcachofa dejó de dar saltitos, se secó el sudor y, sin abrir la boca, señaló con un dedo grueso como un pepino en dirección al ring. Siguió saltando.

Whitey avanzó hasta llegar al cuadrilátero a través de una multitud de hombres semivestidos que golpeaban sacos y hacían contorsiones circenses frente a sus sombras.

Dos boxeadores se sacudían mutuamente la cabeza resguardada por espesos cascos de caucho. Un hombre con ropa de entrenador los azuzaba desde un rincón del cuadrilátero.

Whitey se acercó hasta que su rostro quedó a la altura de los pies del otro. Repitió la cantinela elevando la voz por encima de

los ruidos, que resonaban en el techo de la claraboya como en una concha marina.

El entrenador se agachó para inspeccionar a Whitey a través de las cuerdas como si estuviera viendo a un gato con cinco patas.

—¡No sé de quién me habla, muchacho! ¡Fred! ¡Cúbrete el hígado! ¡No, así no! ¡Y muévete más, idiota! Nancy... ¿Nancy qué más? ¡Golpea! ¡Ahora! ¡No, carcamal! ¡Estás boxeando amigo, no bailando el charlestón!

—Soy amigo de ella. He venido de Chicago y me citó aquí. Ya sabe, esa chica que canta...

—¡Está bien! ¡Basta ya chicos! Bien, Fred... respira hondo. ¿Te hicieron pupa, monín?

Whitey decidió cambiar de sistema. Sacó un billete de cinco dólares, nuevo y crujiente, y empezó a doblarlo.

—Represento a una marca de goma de mascar que sortea billetes de cinco dólares entre máangers simpáticos... —Whitey tuvo la sensación de que iba a recibir un puntapié en la nariz. Pero no fue así.

—Bueno... si de veras es usted tan amigo suyo... Nancy Chase, 1026, Vidal Drive, San Francisco, California. Y usted no ha hablado nunca conmigo.

Whitey se fue más contento que un sacristán con zapatos nuevos pero antes de llegar a la puerta le tocaron el hombro. Se volvió.

—Se le ha caído esto y Greg me ha encargado que se lo devuelva.

El que hablaba tendría unos cuarenta años pasados. Vestía con reminiscencias de dandy y se peinaba el cabello negro hacia atrás

con bastante fijador. Le metió a Whitey el billete de cinco dólares en el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Conque amigo de Nancy? —insinuó.

—¡Ajá! —dijo Whitey.

—De Chicago, ¿verdad?

—¡Ajá!

—Pues mire Mr. Ajá, si tiene algún recado para ella puedo dárselo yo mismo. Lo haré con mucho gusto... y gratis.

—No se moleste; prefiero hacerlo personalmente. —Whitey no estaba dispuesto a echarse atrás.

—Está muy ocupada últimamente, ¿sabe? —El falso dandy tenía un brillo metálico en la mirada—. El pobre Greg no estaba al corriente.

—Oh, Nancy siempre tiene un minuto para mí —dijo Whitey con desparpajo, y se alejó dejando al engomado con la frase en la boca y silbando *The Man I Love* de Gershwin.

Los cuerpos sudorosos que antes se contorsionaban junto a la puerta ahora se abrazaban; Whitey pensó que él ya había practicado bastante deporte por ese día.

Eran las seis. Whitey decidió entrar un rato en un cinematógrafo. La película se titulaba *Phantom Lady*;<sup>4</sup> iba de un

---

4.- Película de 1944 titulada en España *La dama desconocida* del director norteamericano de origen alemán Richard Siodmark (1900-1973), basada en la novela de género homónima de William Irish (1903-1968).

hombre al que acusan equivocadamente de haber matado su esposa; resulta que el pobre tipo tiene amnesia y no recuerda apenas nada, salvo que estuvo con una mujer que llevaba un sombrero muy llamativo en el momento del crimen. Pero no logra acordarse de quién es esa mujer. Al final su secretaria resuelve el caso. Whitey salió del cine con una extraña sensación en el píloro.

\* \* \*

En el 89 de East Buena Vista había ya órdenes para que Whitey se sintiese cómodo. La monosilábica Annie le dio otro susto a Whitey con su rostro agargolado, y lo encomendó a las eficientes manos de Sebastian, el mayordomo.

La vivienda de Pulham ocupaba toda la parte superior del edificio y en ella no se percibía ahorro alguno. Whitey lanzó un silbido admirativo, bajo la desaprobadora mirada de Sebastian, por todo aquel lujo asiático de alfombras, cortinas y caobas.

—El equipaje del caballero ha llegado ya —anunció el mayordomo.

—OK.

La Habitación Celeste se componía de alcoba, salita y cuarto de baño. Todo decorado de azul, como indicaba su nombre. Elemental.

—Espero que sea del agrado del señor —siguió perorando Sebastian.

—Todo muy relajante, sí.

Whitey se sentó en la cama para comprobar la diferencia con el lecho del faquir.

—Si desea algo, pulse este botón —instruyó el mayordomo.

El botón estaba debajo de un óleo que representaba un paisaje.

—Es un Corot, señor —dijo con una reverencia Sebastian, que parecía estar enterado de todo.

Se empeñó en ayudar a desvestir a Whitey para que tomara el baño.

—Tengo entendido que el señor es también de nacionalidad británica.

—Recriado en Saint Louis.

El mayordomo puso cara de «Ya me lo figuraba», pero dijo:

—Mi familia procede de Essex, Inglaterra, Reino Unido.

—Le felicito.

Después del baño, Sebastian, que parecía no tener otra ocupación, preparó la ropa. Whitey eligió uno de los trajes recién adquiridos y echó educadamente a su compatriota del cuarto.

Recuperó la pistola, cuyo contacto le produjo un escalofrío, y se la guardó en la funda tras la pechera de la americana.

Cuando Whitey entró en el salón, Lily de Vries estaba atentando contra la integridad de Gershwin. Estaba sola. Al ver a Whitey se levantó del piano, y dijo con naturalidad:

—Corrijame usted, Mr. Bard.

Whitey aseguró que en nada podía mejorarla, pero se sentó frente al teclado. Lily permaneció apoyada en el piano mientras

él interpretaba; lo bastante cerca para que fallase dos veces. La culpa la tenía el perfume de los cincuenta dólares.

Al terminar, ella aplaudió suavemente.

—Ahora algo suyo —pidió.

Whitey obedeció.

—Me gusta —dijo melosamente—. ¡Es tan melancólico!

Ella le cerró delicadamente el piano y se sentó en un sofá que, al menos habría costado quinientos dólares, pensó Whitey. Cruzó las piernas. Tenía unas rodillas preciosas.

—¿Vive en esta choza también? —preguntó Whitey, desde su banqueta de pianista.

Ella dijo que sí con la cabeza pero desvió la conversación.

—No tiene usted aspecto de compositor. En el tren le tomé por un soldado de regreso al hogar.

Luego se acordaba.

—He sido soldado. —Whitey pensó una tontería y la dijo—: Usted tampoco parece una chica que tenga que ganarse el sustento con el sudor de su frente.

Lily juntó los extremos de las cejas con gesto estudiado.

—La vida es dura para una mujer sola.

—¿Para una mujer bella también?

—Más todavía... —dijo ella virtuosamente—. Pulham es un excelente... jefe —añadió sin que nadie le hubiera preguntado.

Whitey pensó otra impertinencia y la soltó:

—Apuesto a que le ha pedido que se case con él.

Ella le lanzó una mirada dura, y luego enrojeció.

—¿Acerté? —preguntó Whitey, envalentonado.

Como respuesta ella le dio la vuelta al interruptor de la radio, sin moverse. Por toda la habitación se extendieron los compases de un *be-bop*.

—Cuénteme algo de sus aventuras en la guerra —pidió ella, suavizando la expresión.

—Bueno, la verdad es que me dieron un casco de una talla demasiado grande, que me tapaba los ojos; así que me perdí casi toda la función. Pero ya sabe: el espectáculo un éxito... sólo que el público... un desastre.

Ella rió con un sonido claro y agradable.

—Menos mal que sabe reír —dijo Whitey.

Ella parecía empeñada en sostener una conversación intransigente.

—¿Qué opinión tiene usted, señor compositor, de esta música tan terrible?

Del aparato de radio salía, en efecto, un ruido bastante sincopado.

—Sinceramente, creo que son peores las corbatas que lleva la gente en este país.

Ella volvió a reír, divertida.

—Es usted un... intransigente, ¿eh?

—No crea. He compuesto una pieza de blues que bastaría para que el severo profesor Manerheim me negara el saludo.

—¡Oh! ¿Me la dedicará usted?

Whitey le aseguró que estaba dispuesto a dedicarle cualquier cosa. Le ofreció un cigarrillo y ella lo aceptó.

—¿Conocía usted mucho a Harry Bridley? —preguntó Bard sin inflexión particular en la voz.

Entonces entró Mr. Pulham acompañado de sus invitados. Se hicieron las presentaciones: el matrimonio Martin, Albert Dennis, Marjorie Palmer, Lowell Bunche y Clive B. Wyatt. Acto seguido, Sebastian, el de las manos ligeras, lo bautizó mentalmente Whitey, disfrazado ahora de amotinado del Bounty, declaró ceremonioso que a la cena sólo le hacía falta ser comida. Whitey se quedó helado al ver a Wyatt, pues reconoció al crupier impasible con voz de pope ortodoxo de la timba de la noche anterior. Sin embargo, Wyatt no mostró ningún interés por su persona. A eso se le llama *fair play*.

La cocina de Mr. Pulham se mostró a la altura de la puesta en escena y la cena transcurrió en plena armonía; pero para Whitey todo aquello tenía algo de teatral.

Le pareció que aquella cortesía era excesiva para personas de tanta intimidad; pero acabó achacándolo sencillamente a su presencia.

Hasta el segundo plato fue el blanco de todas las preguntas. Se habló de música, tema en el que pudo desenvolverse a sus anchas.

Luego, Wyatt monopolizó la conversación y Whitey aprovechó para comer algo y examinarlos a todos, uno por uno. Le sorprendió el hecho de que todos los invitados de Pulham aparentasen una edad parecida. Entre los cincuenta y los cincuenta cinco años. ¿Serían antiguos compañeros de escuela? Enternecedora perspectiva.

Marjorie Palmer tenía los bordes del cabello prematuramente encanecidos y hablaba con voz dulce. Su expresión era la de

alguien que ha sufrido muchos reveses en la vida pero los ha superado con determinación y entereza.

Mrs. Martin era pequeña y nerviosa. Se lamentaba continuamente de haber perdido la voz. Pero no quedaba claro cuándo había ocurrido tal cosa. De vez en cuando se quedaba como abstraída en lejanos recuerdos y, de repente, le daban sobresaltos repentinos y parecía regresar al presente.

Su marido parecía ignorarla y se dedicaba a forcejear con una langosta, que se iba comiendo poco a poco el mantel. La verdad es para alguien supuestamente de su clase se desenvolvía penosamente con los cubiertos. Tenía los carrillos hinchados y rojizos y daba la sensación de que, de un momento a otro, fuera a soltar una expresión poco adecuada.

Mr. Bunche tenía la mirada intransigente de los puritanos de Nueva Inglaterra y hablaba también con el acento de Nueva Inglaterra. Lucía un flamante terno deportivo de colores alegres. Whitey se enteró enseguida de que Mr. Pulham le había encomendado la campaña propagandística de las cercanas elecciones.

Dennis era talludo, delgado y silencioso. Un tipo difícilmente clasificable. Un cerebral, más bien. Debía de tener un sastre en exclusiva, a juzgar por el traje.

Sin embargo, la personalidad más recia era la de Wyatt. Era ceñudo y cuando reía lo hacía sólo con la boca. Con el labio inferior, concretamente. Calculaba los gestos, la entonación de la voz y las palabras. Un mal adversario en el póquer, aunque no tan bueno con los dados, sonrió mentalmente Whitey. Pero, de todos modos, capaz de vender a su madre si se la pagaban bien.

Pulham era la imagen del perfecto anfitrión, el *pater familias* a la vieja usanza.

La conversación languidecía. El editor, vestido de etiqueta, observaba silenciosamente a los comensales. Whitey adivinó una expresión socarrona en los ojillos de Pulham. Sus miradas se cruzaron y sintió un escalofrío.

—Pasado mañana corre *Sunny* la milla y tres cuartos en la *Breeder's Cup Classic* de Santa Anita —dijo Bunche como para aliviar la tensión—. Se paga siete a uno. Buena oportunidad, ¿eh, Wyatt?

—Qué va a ser una buena...

—Tiene razón... —replicó Bunche—. ¡Yo no pienso poner ni un níquel a su favor! Tiene los remos blandos. No es caballo para esa distancia. Lo vi en Santa Anita antes de que Hope lo retirase, y es evidente que sólo un viejo sentimental como él puede tener fe en ese animal...

—¿Simon Hope? —preguntó Whitey, que antes de ser movilizadizo había perdido el suficiente dinero en los hipódromos como para recordar algunos nombres—. Tenía una cuadra magnífica antes de la guerra.

—¡Ya lo creo! *Starry Night*, *Cigarette*, *Rio Grande*, *Long John Silver*... —exclamó Bunche acalorado—. Ganó dos veces la *Ascot Gold Cup*, y el *Preakness* y el *Wood Memorial Stakes*. Pero no se ha sabido mantener. El año pasado se arruinó apostando por *Pretty Fly*. ¡Vaya carrera! Si lo sabré yo: fue una corazonada que me costó los ojos de la cara. ¡Pero valía la pena! Nadie tenía fe en el bicho... Un percherón, decían... Le sacó al segundo más de seis

largos en la segunda vuelta. Entonces cayó y se partió una pata. Se rumoreó que había habido tongo, incluso se abrió una investigación. El viejo Hope lloraba y juraba que mataría a los saboteadores si caían en sus manos. Lo intentaron todo: cabestrillos y toda la pesca. Al final hasta la pusieron en arena para que estuviera inmóvil. Incluso vendió el resto de la cuadra y se llevó al animal a Europa para que lo viesan los mejores especialistas; pero no consiguió que volviera a correr. *Sunny* es hija de *Pretty Fly*, pero no se puede ni remotamente comparar con la madre. La engendró *Count Fleet*, vencedor de la *Triple Crown* de 1942.

Estaba claro que la materia hípica gozaba de mayor predicamento que la musical en la mesa.

—*Count Fleet* ganó la *Triple Crown* en 1941 —le contradijo Mr. Martin.

—No, querido, Bunche tiene razón. —Ahora quien hablaba era Mrs. Martin, que parecía regresar de una de sus ensoñaciones—. *Count Fleet* ganó en 1943, justo un año después de que...

La inquieta Mrs. Martin se mordió el labio inferior y se hizo un gran silencio. Un silencio que duró varios compases. Para Whitey, una eternidad. Bunche tosió embarazado, y los demás, excepto Pulham, que seguía comiendo, impertérrito, comenzaron a estudiar el mantel, los cubiertos y los platos.

Whitey trató de romper el embarazoso silencio:

—¿No fue Sunny Jim Fitzsimmons quien dijo aquello de que lo que cuenta es lo que no se ve? Supongo que sus apuestas eran ganadoras.

—O perdedoras... —terció fríamente Wyatt.

Sebastian entró con tanto sigilo que Mr. Martin dio un respingo al verlo.

—¿Qué sucede Sebastian? —exclamó Pulham, quizá con excesiva energía.

—Le llaman por teléfono, señor.

—Con permiso. —Pulham se levantó, dobló la servilleta y salió, pero antes dijo—: Sebastian, sirva el café en la biblioteca.

Sebastian encendió las luces de la biblioteca, sirvió el café y desapareció. Whitey intentó sentarse junto a Lily, pero el mayordomo reapareció haciéndole señas con disimulo.

Whitey lo siguió hasta la habitación de Pulham.

—Awise a Paul para que prepare el coche negro —estaba ordenando el editor. Sebastian partió con un silencio prometedor de futura eficiencia—. ¡Ah, Bard! Justamente quería decirle que voy a salir ahora y no regresaré hasta mañana al mediodía. Durante ese tiempo le relevo de sus deberes. Le aconsejo que aproveche la noche. —Le alargó dos llaves—. De la verja y de la puerta. Puede pedirle a Paul que le acompañe en el otro coche, si le hace falta. Yo me voy solo. Despídame de los demás. Buenas noches.

—Buenas noches.

Whitey regresó a la biblioteca. Los Martin decidieron ir a acostarse. Marjorie Palmer escogió un libro de cubiertas rojas y fue a refugiarse junto a la radio. Bunche y Dennis comenzaron una partida de damas. Lily de Vries abrió la puerta de la terraza y se asomó. Whitey se le acercó y puso los codos en la barandilla. Wyatt había desaparecido.

—¡Qué tranquilidad! ¡Qué difícil resulta imaginar que dentro de esas casas hay gente que pelea, odia y mata! —suspiró él.

Desde la balaustrada se distinguían fácilmente las torres del Golden Gate a la luz de la luna, suavemente envueltas por la niebla, así como los tejados y las colinas de la ciudad.

—El mundo parece tan inofensivo, ¿verdad? —siguió Whitey—. ¿Sabe que no conocía San Francisco?

—No me diga...

De la calle llegaban las notas lejanas de un piano.

Segundo intento, pensó Whitey.

—Dígame, las personas que le telefonan y no la llaman señorita de Vries, ¿cómo la llaman?

—Algunos amigos me llaman Lily.

—¿Nada más?

—Nada más. Si no, cuelgo... —se rió—. ¿Cómo le llaman a usted los amigos?

—Whitey. No me gusta, pero lo aguanto. Con nueve años me caí a un pozo en las afueras de Saint Louis. Me pasé la noche allí metido. Cuando me sacaron a la mañana siguiente tenía un mechón de pelo blanco del tamaño de un pulgar encima de la oreja izquierda. De ahí el nombre. Supongo que el mechón habrá crecido desde entonces.<sup>5</sup>

Rieron.

---

5.- «*Whitey*» es un apodo que podría traducirse por algo así como «el blanquito», en referencia al mechón de pelo blanco del niño.

—Lily, mi papá me ha dado permiso para salir esta noche pero tengo mucho miedo de perderme; ¿quieres acompañarme?

—Es que mi mamá no me deja...

—¿Y si le dices que es para enseñarme San Francisco «*La Nuit*»?

—No creo que funcione. Pero si tiene mucho interés, Paul le acompañará.

—Iré solo, no se preocupe —decidió Whitey. La voz revelaba su desilusión.

Se le ocurrió que tenía algún trabajo que hacer. Pero antes preguntó:

—¿Qué le sucedió a Mrs. Martin en 1942, Lily?

Ella encogió los hombros. Los tenía bien torneados.

—No soy curiosa.

Whitey optó por no insistir. Gong final del asalto. Recogió la gabardina y bajó la gran escalinata. Oyó los pasos de Wyatt, que abandonaba el edificio; el mayordomo se acercó y preguntó si Mr. Bard necesitaba algo. Whitey decidió darle un merecido descanso al de los dedos ligeros; Sebastian, de Essex, Inglaterra, Reino Unido.

Wyatt echó a andar lentamente. Whitey lo siguió, intrigado; el tipo parecía saber perfectamente a dónde se dirigía.

La marcha se hizo accidentada. Torcieron por varias calles y Whitey comenzó a hacerse reproches.

—¿Dónde me estoy metiendo? —se dijo, en voz casi inaudible.

Estaba completamente desorientado y sólo tenía como punto de referencia la silueta de Wyatt que iba apresurando la marcha.

Anduvieron por aceras y bulevares cuajados de brillantes escaparates. Los edificios empezaron a disminuir de tamaño. Las vitrinas iban perdiendo opulencia. Menos automóviles y más peatones. Whitey se sorprendió al comprobar lo fácil de su persecución.

Enfilaron una calleja en pleno Chinatown. Wyatt parecía desenvolverse en aquel ambiente como en su propio elemento. Vendedores ambulantes, chiquillos y perros invadían la calzada. Las casas estaban muy juntas y recargadas de rótulos luminosos, algunos de los cuales lucían caracteres orientales. De balcón a balcón se oían voces increpándose en idiomas que Whitey no entendía.

Un vendedor de corbatas le ofreció la mercancía en un idioma que a Whitey le pareció español. Respondió en italiano y, al instante, se vio rodeado de varios rostros infantiles sonrientes.

—*Certo, sicuro...*

A Whitey le costó bastante sacudirse a sus nuevos amiguitos, pero lo hizo, propina mediante, a tiempo de ver entrar a Wyatt por una puerta. En el cartel se leía sin esfuerzo: «RUSSIAN CABARET».

En el guardarropa le pidieron la gabardina pero Whitey prefirió conservarla puesta. Inspeccionó a través de los cristales y vio a Wyatt sentado en un extremo. Dentro había poca luz, así que Whitey cruzó rápidamente la puerta y ocupó una mesa detrás de una maceta, entre una columna y la pared. Wyatt estaba solo y parecía aguardar a alguien.

Las luces se hicieron más tenues y Whitey pidió un vodka. ¿Preferencias? El de la casa, contestó. Se lo sirvieron en un vaso

sucio y Whitey se limitó a oler. Aparecieron cinco hombres con violines. Luego irrumpió un tipo alto y robusto de facciones mongoles que cantó en ruso, seguramente para justificar el nombre del local. Tenía la voz grave y rotunda, y lo aplaudieron bastante. Cantó otra vez acompañándose de una especie de balalaika. El músico William «Whitey» Bard se sintió atraído por aquel canto nostálgico y profundo.

Wyatt tuvo visita. Whitey no distinguió bien al recién llegado, que estaba vuelto de espaldas. Un tercer hombre entró en escena. Se acercó a la mesa de Wyatt y los tres comenzaron a hablar deprisa, echando ojeadas hacia el escondrijo de Whitey. El compositor se llevó el pañuelo a las narices y se incrustó en la pared. Confiaba en la penumbra del local y en la densa niebla de San Francisco pero, sobre todo, en el humo del local.

Cuando volvió a mirar, se habían esfumado los tres por la otra puerta.



HAY DIVERSAS CLASES DE HOMBRES. Whitey era del género tenaz. Nada ni nadie lo obligaba a meterse por la puertecilla que conducía a las dependencias privadas del cabaret, pero lo hizo.

Cuando el negro le puso una manaza en el pecho, sintió ser de los del género tenaz. La puerta quedó cimbreándose como si hubiese perdido la cordura. Estaban a solas Whitey y el negro.

—Por aquí no va a ninguna parte, hermano. —Tenía más de seis pies de altura pero aparentaba siete. Hablaba lentamente como si le aburriesen o le provocasen sueño sus propias palabras—. A ninguna, pero a ninguna parte, hermano —repitió.

Al oírlo Whitey recordó unos versos sueltos, «Me mandan a comer a la cocina, cuando viene compañía, ¡y qué, si yo como

bien!, me hace gran provecho y crezco un buen trecho...».<sup>6</sup> Sólo que el gigante aquel no se reía.

—Echaba un vistazo, nada más.

—Ya lo echó, hermano.

—Me dijeron que encontraría a *alguien*, aquí. Y me aburrí esperando.

El negro hizo guiñar un ojo en su órbita. Un solo ojo.

—¿Quién es *alguien*?

Whitey dijo un nombre. El primero que se le ocurrió. A boleo.

—Nancy Chase. —En seguida se arrepintió.

El negro dejó de mover el ojo. Whitey estudió sus oscuras facciones, sin resultado. La mano aumentó la presión inicial sobre la camisa de Whitey. A la derecha, Whitey acertó a ver otra salida del RUSSIAN CABARET.

—Aquí nadie se llama así. Lo mismo tiene más suerte si busca en otro sitio. ¿Seguro que no le espera nadie afuera, amigo?

Whitey captó rápidamente la insinuación. Comenzó a retroceder y sacó trabajosamente del bolsillo el billete de cinco dólares que había utilizado en el gimnasio.

—Unos amigos entraron hace un momento —dijo Whitey.

El negro parecía fascinado por el billete. Como si fuera la primera vez que viese uno.

---

6.- Se trata de unos versos del poeta negro norteamericano Lagston Hugues (1902-1967), concretamente de su libro *The Weary Blues: They send me to eat in the kitchen / When company comes/ But I laugh/ And eat well/ And grow strong.*

—¿Subieron? —añadió Whitey, esperanzado.

—Sam no ha visto a nadie... A nadie. Quizá salieron. ¡Pobrecito Sam!

Estaban ya cerca de la puerta. De todos modos era estúpido insistir. La cosa no daba para más. La voz potente del ruso se oía amortiguada. Whitey salió ayudado por Sam...

—Me ha gustado mucho hablar con usted, Sam. Es usted un gran conversador; ah, y no se gaste todo el billete comprándose un piano —dijo Whitey desde el suelo de la calle donde había aterrizado; pero no es seguro que el otro lo oyera.

Se sacudió el polvo de la chaqueta. Preguntó la hora al primer ser humano que se cruzó en su camino. Las once y media. No había pagado el vodka. Pero tampoco lo había probado, la verdad sea dicha. Sintió el revólver junto al pecho. ¿Para qué me sirve si no me gusta sacarlo?, pensó Whitey. Anduvo hasta dar con un taxi desocupado.

—Necesito un coche de alquiler.

—¿Y esto qué es, amigo? ¿Un pastelito de Navidad con ruedecitas?

El coche arrancó bruscamente. El conductor era melómano, por eso se solía apostar cerca del local; así que charlaron de solistas, de la Filarmónica y del mundillo musical de la ciudad en general. Detuvo el vehículo bruscamente delante de un garaje. No habían transcurrido ni dos minutos.

—¿Espero? —preguntó el conductor.

Whitey consultó el taxímetro y dijo que no. Le tiró un billete de cinco dólares. Aguardó la vuelta y al ver que ésta no llegaba hizo un gesto pidiendo explicaciones.

—Suplemento por carrera nocturna, señor.

—¿A qué temprana edad se jubilan los taxistas en esta ciudad, amigo?

—Depende de si trabajan para la Puhlman o no —guiñó un ojo el taxista, y arrancó bruscamente.

Whitey echó a andar por una rampa de cemento de pendiente ligera levantando eco entre los automóviles dormidos.

El encargado del establecimiento tardó bastante en emerger de debajo de uno de ellos. Se secó la grasa de las manos con un trapo y dijo una frase original:

—Buenas... lo que sea. ¿Qué quiere?

—Alquilar un coche. Un par de horas. Tres a lo sumo. Conduciré yo mismo.

El hombre lanzó una mirada displicente al gran reloj que colgaba del centro del garaje y le comunicó que sólo le cobraría la tarifa simple a pesar de lo avanzado de la hora. Le pidió la documentación. Anotó el domicilio y le dijo que firmara en una libreta tan aceitosa como el suelo.

A Whitey le entraron ganas de estampar su pulgar en el aceite; seguro que quedaba impresa su huella, pero se reprimió.

—Tendrá que dejar un depósito de cincuenta dólares por si excede del tiempo convenido y otros cincuenta de garantía por si hay desperfectos.

Whitey rellenó un estúpido cuestionario venciendo la tentación de escribir «Guardaesaldas musical» donde ponía «Profesión». Hubiera sido contraproducente, bien mirado. Optó por «Compositor». El hombre grasiento leyó atentamente todas las pringosas

casillas. La profesión debió de resultarle incomprensible porque miró fijamente a Whitey como si esperase verlo sacar conejos y gallinas de una manga de la chaqueta. Pero se abstuvo de pedir un complemento de información.

Whitey eligió el modelo más económico porque no era probable que esta vez los gastos corrieran a cargo de Pulham. Se trataba, más bien, de una investigación particular.

—Tendrá que proporcionarme un mapa y explicarme cómo llegar a Vidal Drive sin tener que pasar por el Canal de Panamá, amigo.

Whitey recibió un plano, las llaves del automóvil, un recibo y las instrucciones:

—Vaya por la carretera hasta Skyline, y allí tome Lake Merced Boulevard. No tiene pérdida. Oiga, tendré abierto toda la noche. Yo mismo me haré cargo del coche a la vuelta. Buen viaje.

El pequeño cupé de color morado echó a andar con un quejido lastimero. Whitey pensó que peligraban los cincuenta dólares consignados en concepto de posibles desperfectos. Miró atrás varias veces para cerciorarse de que la parte posterior del vehículo seguía unida a la parte delantera.

—¡Aaah! Menudo trasto; de antes de la guerra, seguro; de la Primera, claro. —Lógicamente, nadie le rió la gracia, así que si usted quiere hacerlo, querido lector, no se contenga; sonó otro golpe de tos del carburador. Y un esputo del radiador. Luego, la cosa fue mejorando.

Fuera empezaba a hacer frío. La luna, que daba al paisaje un aire de tarjeta postal, se ocultó detrás de unas espesas nubes blan-

cuzcas. La carretera corría paralela a la orilla durante un buen tramo y Whitey pudo oler el aire marino.

A lo largo de Lake Merced Boulevard se extendía por la derecha una baranda de hierro sostenida por pilares rectangulares de cemento. A la izquierda había masas oscuras de árboles. Entre ellas aparecían, bastante distanciadas, las luces de los bungalows. Por fin, llegó al desvío de Vidal Drive y casi inmediatamente Whitey pegó un frenazo para no irse contra una valla de madera de las que se acostumbran a poner en las carreteras para impedir el paso. El asfalto del suelo estaba levantado, y montones de grava y adoquines revelaban el estado precario de la obra. Detrás de la valla había una luz roja lo suficientemente disimulada para que la mayor parte de los coches no la vieran.

—Vaya berenjenal tienen aquí montado —dijo Whitey.

Siguió a pie unas doscientas yardas, recibiendo en pleno rostro las ráfagas de aire salobre que ascendían desde la parte de abajo del barandal; se acercó al número 1026. El domicilio de Nancy Chase se veía completamente oscuro a lo lejos; Whitey se había levantado las solapas de la gabardina sin que eso evitara que la humedad le calara los huesos. Pasó una bandada de gaviotas chillando. Se oían otros ruidos, más suaves, pero inclasificables; de grillos o algo así.

Whitey golpeó la puerta con un llamador de hierro que parecía una corona de funeral. El golpe resonó con estridencia y Whitey se sintió un poco enfermo. Silencio. Un par de ranas croaron en estereofonía en un estanque cercano y Whitey las maldijo mentalmente.

Empujó la puerta, que cedió con suavidad. El interior tenía el olor característico de las habitaciones cerradas. Whitey recordó algunas películas policíacas y soltó una risita nerviosa.

Encendió tres fósforos antes de encontrar el interruptor. La estancia estaba decorada con un gusto discutible según Whitey, como una especie de habitación de un hotel lujoso de citas. Parecía haber sido el escenario de una juerga tempestuosa. Los ceniceros rebosaban colillas. Había algún vaso vacío y el diván tapizado de flores olía a alcohol como si en él se hubiese derramado una destilería entera. Todo muy edificante.

En el piso reposaba un batín enrollado. Debían de haber jugado a rugby con él, pensó Whitey. Pero no había sillas tiradas por el suelo.

Encima del mueble-radio reposaba una nota escrita a lápiz. Whitey la leyó:

«Agatha: regresaré por la noche. Limpie todo esto un poco. Encima de la mesa de la cocina tiene cinco dólares».

Agatha no había sido puntual: Whitey comprobó que en la cocina estaban los cinco dólares. La escalera de madera había perdido una argolla para sujetar la alfombra y Whitey tropezó con ella. Husmeó en el piso superior. No encontró ningún cadáver. Algo es algo. Pero está claro que Nancy Chase no era una mujer ordenada.

En el cuarto de baño había un par de toallas sucias de carmín y dos dedos de agua en el lavabo.

Toda las prendas llevaban bordadas las mismas iniciales: N.C. En el dormitorio encontró una fotografía de la propietaria. Una

mujer de unos treinta años, pelo oscuro y ojos ambiciosos. Bonita, todo hay que decirlo.

El cajón de la cómoda estaba abierto y desordenado. Whitey lo revolvió un poco más. En el fondo descubrió una llamativa pitillera de plata. La abrió; estaba vacía. En el ángulo se destacaban las iniciales : *H.B.* Probablemente: Harry Bridley.

Whitey levantó la tapadera del *pick-up*. Había un disco puesto. Pensó que sería unailable. No, no lo era. En la etiqueta se podía leer, oh, sorpresa: «Concierto para violonchelo, opus 104, Dvorak». Qué curioso. Whitey lo conocía. Se quedó unos instantes con el disco en la mano, perplejo. Lo colocó de nuevo y conectó el aparato. Las notas obsesionantes del primer movimiento se extendieron lúgubrementemente por toda la habitación. Whitey regresó a la planta baja.

El ojo negro de un cañón de pistola lo aguardaba al pie de la escalera. Una mujer lo sujetaba con su mano pequeña y bien manicurada. Whitey reconoció a la mujer de la fotografía, Nancy. Sus dos ojos negros contribuyeron a aumentar el sobresalto causado por el primer ojo. Era un arma no muy grande, pero seguro que funcionaba.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado? —escopeteó Nancy. No parecía especialmente asustada. Hablaba con firmeza y rapidez. La mano que sostenía el arma no temblaba en absoluto.

Whitey pensó que había exceso de pistolas en San Francisco. Decidió comenzar por la última pregunta. Esbozó la sonrisa más amable de su repertorio:

—La puerta estaba abierta: quería charlar un rato con la señorita Chase... —La apuntó con el dedo—. ¿Usted? Encantado. No se asuste; sólo deseo tener un cambio de impresiones.

—No estoy asustada. —El cañón de ojo negro se movió una pulgada. Sólo una.

Pero Whitey sí lo estaba.

—Esconda ese juguete, señorita. Agatha no vino —dijo, por decir algo.

Nancy Chase reflexionó un momento y bajó la pistola. Whitey suspiró imperceptiblemente. Pero Nancy ordenó:

—Hable pronto y vaya al grano. Luego lárguese. ¿Quién ha conectado el *pick-up*?

—Me gusta Dvorak.

—¿Acostumbra a meterse en casa del prójimo para escuchar música clásica?

—De vez en cuando solamente. —Whitey contempló el estado de sus uñas. Estaban realmente muy cuidadas—. ¿Nos sentamos un momento? Mi nombre es Bard, William Bard. Los amigos me llaman Whitey...

—Hable —atajó ella fríamente.

—Quisiera charlar con usted a propósito de Harry Bridley. Creo que se conocían bastante. Yo era muy amigo de Harry.

Ella lo observó con franca desconfianza y habló de un modo tajante:

—Creo que no nos vamos a entender. Usted quiere hablar de Harry... de Mr. Bridley, y yo no. Eso es todo.

Whitey señaló la estancia con un amplio ademán.

—No parece haber sentido mucho la muerte de Harry.

—Habla usted demasiado.

—¿De veras?

—Buenas noches, Mr. Bard. —La voz de Nancy era helada como el estómago de una rana. Whitey comprendió que si alguien dominaba la situación, no era precisamente él. ¿Qué haría Philip Marlowe, por ejemplo, en un caso parecido?

—¿Y qué me dice de la pitillera de Harry? —preguntó Whitey con algo de truculencia en la voz.

—¡Habrás visto!... ¡Menuda desfachatez, registrar mis cajones! ¡Váyase antes de que llame a la policía! ¡La pitillera de Harry! ¡Me la dio, naturalmente! ¿Qué se ha creído, grandísimo imbécil? ¡Fuera de aquí!

Se puso como si fuera a darle un colapso. Esa pitillera se la había dado, naturalmente. ¿Qué tiene de particular que un hombre regale su pitillera a su amiguita? Nada. En el fondo, ella tenía razón. Parecía una mangosta electrocutada.

—¡Ya lo ha oído usted, pájaro! Así que: ¡ahuecando el ala! —dijo una voz de hombre desde la puerta.

El dueño de la voz era un individuo alto. No tanto como la Estatua de la Libertad, pero era alto. Le sacaba una cabeza a Whitey, por lo menos. Tenía el pelo rizado, el cutis cetrino y con su americana Whitey podía haberse hecho un gabán. Fumaba un cigarrillo y se apoyaba en la jamba de la puerta.

Whitey lo estudió y decidió hablarle en tono conciliador:

—Sólo quería charlar un poco con la señora, amigo. Sobre

Harry; eso es: Harry Bridley. Teníamos mucha amistad Harry y yo, ¿sabe?

Había un brillo de desdén en la mirada del hombre que hubiera podido taladrar los cimientos del edificio. Le apuntó con un dedo larguísimo.

—¿Su viejo amigo de la infancia, eh?

—Acertó.

—¿El amigo querido que vela por su memoria? Muy tierno.

—Acertó de nuevo. Hay algo que no está claro en la muerte de Harry, ¿sabe?

Sostuvieron un duelo con la mirada.

—Y usted quiere... investigar.

—Ajá.

—¡Bah! No tiene usted aspecto de policía.

Whitey decidió ser ingenioso.

—Lógico. Lo mío es investigación privada.

—Lo que yo llamo meter las narices donde a uno no le importa.

La situación se ponía fea. Whitey se estaba dando cuenta.

—Largo de aquí, pájaro, ya ha oído a la señorita —repitió el matón.

Aquel individuo tenía la manía de llamarle pájaro. Whitey se disgustó un poco. Todavía se disgustó más cuando el hombrón se acercó amenazador.

—¡¡Largo he dicho!!

Nancy observaba la escena con la misma impasibilidad que las vestales debían de adoptar en el circo romano; Bard esperó verla bajar un dedo para sentenciar su muerte.

El hombre, a pesar de corpulencia, avanzó con una agilidad que hubiese envidiado el mismísimo Nijinsky.

Agarró a Whitey por el pescuezo y por el fondillo de los pantalones con la habilidad propia de un bailarín enlazando a su pareja.

Whitey perdió la calma y actuó de la única manera posible en tal circunstancia. Le pegó un buen puntapié al gigantón en la espina. El otro lo soltó y exclamó algo con voz contenida. Algo así como: «¡Maldito cretino!».

Luego Whitey vio encenderse un millón de lucecitas delante de él. No era Navidad, así que debía ser otra cosa.

Se acordó de la campaña de Italia y arremetió contra su adversario. Por espacio de un minuto los dos bailarines desordenaron un poco más la habitación. Luego todo se volvió oscuro para Whitey.

Cuando abrió los ojos de nuevo, algunas estrellas colgaban de las ramas recién florecidas de un naranjo como frutas luminosas. No, no colgaban. Se veían a través del ramaje, nada más. El tronco estaba frío. Whitey se apoyó en él para levantarse, pero sus rodillas cedieron. Escuchó los rumores nocturnos atentamente. Silencio. Enfrente, el bungalow de Nancy Chase estaba a oscuras de nuevo. ¡Y Pulham que confiaba en él como guardaespaldas! Tenía que haberlo visto actuar.

—Me he lucido —murmuró Whitey, e intentó reírse, pero la mandíbula le dolía como si le hubieran dado un hachazo en la mitad. Intentó andar hacia el cupé tambaleándose. Tenía el estó-

mago revuelto y el espinazo helado. ¿Cuánto tiempo había permanecido sin conocimiento? Ahora los grillos, las ranas y las gaviotas formaban con sus ruidos una tremenda melopea. Puro Schönberg, pensó.

Se tumbó un rato dentro del cupé venciendo sus imperiosos deseos de vomitar. Encendió la luz interior. Tenía sangre en la mano. Se miró en el espejo retrovisor. Al cabo de un rato se reconoció. ¿Con qué diantres le habían golpeado? Vomitó. Sintió deseos de llorar. Volvió a vomitar. El interior del cupé era caliente y cómodo. Oh, sí. El estómago de Whitey dejó de dar coces al cabo de un rato. El revólver seguía en el bolsillo de la americana. Muy útil, sí señor. ¿Por qué se empeñaba en sacar de paseo al juguetito si nunca se atrevía a utilizarlo?, se preguntó. Andado, que es gerundio. El coche se puso en marcha como echando mano de energías ocultas.

Durante el regreso comenzó a lloviznar. El limpiaparabrisas funcionaba; era incomprensible y maravilloso, pero funcionaba.

El automóvil tal vez redoblaba sus esfuerzos como los caballos viejos que presienten la proximidad del establo. El tipo del garage se había refugiado en una especie de trastienda haciéndole compañía a una botella de Johnny Walker. Miró a Whitey decepcionado, tal vez porque el prodigio que esperaba de él, el de los conejos y las palomas, no se había cumplido.

—¡Atiza! ¡Ni que hubiese venido arrastrándose por la carretera!

Whitey le aseguró que en ese caso habría llegado antes que en el cupé. El hombre se río. Estaba de buen humor. Whitey, no tanto.

—Vaya golpecito.

—Me di en una puerta.

—¿Una puerta? Está lo bastante crecilito para andar sin caminadores, amigo, ¿no le parece? ¿Era muy grande él, verdad?

—¡Bah! Encogido cabía en un camión de mudanzas.

—¿No le agradó la visita?

—¡Oh, sí! Al contrario. Se emocionó mucho al verme.

—¡Vaya! Pues sí que me alegro. No hay nada tan conmovedor como ver a dos viejos amigos dándose abrazos. ¿Quiere una copa? Me parece que no le vendrá nada mal...

Sacó un vaso, sopló en su interior y le echó todo el líquido que admitió. Whitey bebió de un trago, y se sintió mejor.

El hombre le devolvió el dinero de la fianza. Whitey lo metió en la cartera y se dio cuenta de que se la habían revuelto, pero no echó nada en falta. Nada importante, al menos.

—Oiga, ¿le importaría pedirme un taxi? No estoy en condiciones de ir a pie.

—No me lo tiene que jurar. Pero ¿no preferiría una ambulancia?

El taxi no se hizo esperar. El encargado del garaje lo despidió con una mirada de simpatía y le dijo:

—Cuidadito con los cantos de las puertas, amigo, en adelante mejor lleve chichonera...

En el número 89 de Buena Vista todo permanecía en profundo reposo. Whitey comenzó a subir la gran escalera de mármol. El rellano del primer piso estaba poco iluminado. Vaya nochecita. Intentó poner orden en sus ideas. Whitey comenzó a tararear

bajito el primer movimiento del concierto de Dvorak, pero se calló al instante. Detrás del cristal opaco de la puerta oyó crujir unos zapatos.

A lo mejor era Wyatt. No estaría de más una pequeña charla con Wyatt, el duro. Empujó la puerta. Los pasos cesaron.

—¿Mr. Wyatt? —La voz de Whitey sonó cascada e insegura.

Al fondo del pasillo alguien echó a andar precipitadamente. Anda, muchacho, búscate un poco más de leña. Esto sólo es el comienzo, pensó Whitey.

Una puerta se cerró quedamente. Whitey se puso a andar por el pasillo. Una lámpara de bolsillo zigzagueó. Whitey palpó la pared en busca del interruptor. A su espalda percibió una respiración contenida. Intentó revolverse, pero algo se lo impidió. Un cuerpo duro y pesado se abatió dos veces sobre su cabeza.

Whitey sintió cosquillas en la mejilla. Era algo húmedo y salado. Delante de sus ojos empezaron a bailar siluetas extrañas y las paredes del pasillo se alejaban desenfocándose. El polvo de la alfombra se le metió por las narices y le hizo estornudar. La mandíbula comenzó a darle pinchazos otra vez. Se sentía magullado de pies a cabeza. «Sea usted guardaespaldas en siete fáciles lecciones», pensó. Qué memez.

Las siluetas danzantes desaparecieron y el suelo dejó de girar. El trabajo de incorporarse le llevó, por lo menos, mes y medio.

—Tengo los sesos desperdigados —alcanzó a decir Whitey.

Se pasó el pañuelo por la nuca y lo retiró lleno de sangre. Todo estaba tranquilo y en silencio. Subió hacia las habitaciones del piso de Pulham prometiéndose un lecho blando y tibio. Vio

a Bunche salir por una puerta y entrar por otra. Se cubría con un batín. Whitey anotó el hecho mentalmente. Más, no pudo.

Puso una mano temblorosa en el tirador de la puerta de su dormitorio. Por la rendija del suelo se filtraba una luz tenue. Whitey se acordó de su revólver. La paciencia tiene un límite. Esta vez no dudaría. Lo empuñó y abrió la puerta con violencia.

—¡Levante bien las manos y déjese de tretas! —dijo Bard con el vocabulario que le pareció apropiado al caso.

Lily de Vries levantó la cabeza con sorpresa. Tapaba su cuerpo un quimono azul en el que había bordados unos dragones dorados. Se había recogido el pelo. Estaba encantadora. En sus facciones se dibujaba una expresión de inocencia sublime, que se convirtió en espanto cuando vio la facha de Whitey.

—¡Señor Bard! ¡Pero cómo es posible...!

Whitey sintió cómo le abandonaba la energía por completo.

—¡Oh! ¡Es usted! ¡Menos mal, ya tengo bastante por hoy! —Se acercó a la cama con paso vacilante—. Esta noche nadie duerme, por lo visto...

—¡Dios mío! ¿Pero dónde se ha metido! Usted ha andado a golpes con alguien —sentenció ella.

—Menudo Holmes, señorita...

Whitey hizo una mueca de dolor, se quitó la gabardina, la chaqueta, se desanudó la corbata, se quitó la camisa y se desplomó sobre la cama.

Ella lo observaba en silencio y cuando hubo terminado el *strip-tease* ella desapareció en busca de toallas, agua fría y desinfectante.

Whitey gruñó cuando Lily le limpió las contusiones, pero se lo agradeció con la mirada.

—Los soldados tienen que ser valientes. —La voz de ella sonaba dulce, casi maternal. Le puso una compresa en un ojo, en la abultada nariz, y le restañó la sangre de la coronilla.

—La bar-bi-lla... —se quejó Whitey.

—La tiene usted en su sitio, no exagere. —Hablaban con una entonación forzada y superficial. Pero una sombra cruzó su rostro.

—¡Oh! ¡Aquí está sucediendo algo muy extraño, Whitey...!  
—Whitey notó y apreció que lo llamara por ese nombre.

—Ya me voy dando cuenta... —Su voz sonó entre aquel revol-tijo de vendas con toda la sorna que pudo reunir en aquel momento.

—Hablo en serio. No podía dormir. Presiento alguna desgracia. Oí voces y me levanté. Sonaban en la habitación de Mr. Pulham pero cuando me acerqué se callaron. Llamé y no respondió nadie. En su habitación había luz y...

—¿Había luz en mi habitación? Siga.

—Sí. Entré y usted lo hizo justo detrás de mí. Eso es todo. Pero... Whitey, estoy asustada.

Era la segunda vez que lo llamaba así. Lástima, no era momento para celebraciones.

—¡Ya! No tiene por qué estarlo. —Whitey hablaba con media boca. La cabeza le dolía a horrores—. ¡Ya ve! Nada de particular. Sólo que al pobrecillo William Bard le han machacado la mandíbula y el resto del cuerpo.

—Ya veo... Es terrible.

Había algo falso en el tono de voz de ella.

—¡Oiga! ¿Tanto le preocupa mi seguridad para entrar a estas horas en la habitación de un hombre soltero?...

Ella bajó la cabeza, sonrojándose.

—Estaba asustada, Mr. Bard. Lo lamento.

Vuelta a las fórmulas de cortesía.

—¡Y creyó que yo la tranquilizaría!

Lily de Vries lo fulminó con la mirada.

—No tengo en quién confiar y por un momento creí que podría hacerlo en usted —dijo con voz gélida.

Whitey sonrió todo lo que pudo. No era mucho, teniendo en cuenta que debía de tener el labio partido.

—Todo el mundo parece querer confiar en mí.

—Oh, Bard...

—Perdóneme. Me han puesto de mal humor esta noche; no es culpa suya. —El rostro de ella se dulcificó—. ¿Quiere darme un cigarrillo, por favor?

—Pero, ¿por dónde piensa...?

—Vamos, no sea cruel...

Lily lo encendió ella misma y se lo puso delicadamente en la boca. A pesar de ello el tabaco le supo mal a Whitey. Sabía a sangre, sudor y lágrimas.

—Cuénteme qué le ha sucedido...

—¿Conoce usted a Nancy Chase? —Ella negó con la cabeza—. Bueno, parece que era muy amiga de Harry; ya me entiende. Vive cerca de Lake Merced Boulevard. Tomé un automóvil y me acerqué a su casa. No quiso hablar conmigo. Yo insistí y,

como no tiene perro, me soltó a una especie de Jack Dempsey, ya sabe, «el martillo de Manassa», pero corregido y aumentado; debe ser uno de sus vasallos. El tal Dempsey me dio un lavado, me centrifugó, me escurrió bien escurridito y me puso a secar al aire libre. Cuando desperté la pareja se había esfumado. Regresé de casa de la Chase; mientras subía oí pasos, aquí en el segundo piso. Di una voz amistosa y se me respondió con una generosa ración de coscorrónes. Fin del episodio. La semana que viene, más. Por poco y en lugar de estas vendas me sentaba mejor una mortaja.

—Tiene un concepto funerario del humor, Mr. Bard.

—Influencia del ambiente, más que nada. Y ahora cuénteme esos terrores nocturnos que no la dejan dormir.

Ella se mordió el labio inferior. Whitey sintió deseos de besarla, pero por razones obvias, no lo intentó.

—No sé... no tienen fundamento. No me haga caso.

—¿Tienen algo que ver con la muerte de Harry?

—Quizás. Me sentó muy mal la noticia.

A Whitey se le ocurrió una idea. La expuso:

—¿Dormía Harry en esta habitación antes de morir?

—Sí.

Whitey se sintió peor.

—¿Piensa avisar a la policía, Whitey?

Volvía a llamarlo Whitey. Se acordó de una cifra: dos mil dólares.

—No, no vale la pena.

—Pudieron haberlo matado. ¿Quién fue, Whitey?

—No tengo ni la más remota idea. Escúcheme, ¿quién duerme en la segunda habitación de la izquierda?

—Mrs. Marjorie Palmer.

Whitey silbó. Mejor dicho, lo intentó.

—¿Qué clase de relaciones sostiene con Mr. Martin?

Lily se encogió de hombros.

—Las mismas que con el resto de los invitados, supongo.

—¿Y qué relaciones tienen entre sí todos ellos, y con Mr. Pulham? ¿Compañeros de parvulario o algo así?

—Sólo llevo cuatro años aquí, pero me da la sensación de que entre ellos existe algo más que confianza... Otra clase de confianza. No sé cómo explicarlo. Se conocen desde hace muchísimos años y tienen muchos intereses comunes con Mr. Pulham. A veces les he sorprendido disputándose. Pero nunca delante de mí. En cuanto me ven, cesan las peleas. Es un poco desconcertante todo eso, sí. Son como una gran familia...

—Qué tierno. Sí. Deben de tener mucho en común —dijo Whitey para su coleteo.

—¿Cómo dice?

—Nada. Vaya a acostarse. Tengo que velar por mi reputación. ¡Qué dirían de mí si la encontraran en mi alcoba a estas horas!

En la mirada de Lily resplandeció un brillo asesino. Pero no dijo nada, cerró la puerta con violencia y se fue.

Whitey terminó de desnudarse y se metió en la cama. Soñó que lo perseguían unos rusos con facciones mongoles y que un negro tocaba al violonchelo el concierto de Dvorak. Luego soñó que Lily era una enfermera en el hospital de Salerno donde

estuvo varios meses hasta el final de la guerra. Se despertó varias veces empapado en sudor frío; pero por la mañana, visto lo visto, y seguramente gracias a la parte napolitana del sueño, estaba casi como nuevo.